



iCristo vive!



Índice

<u>Este número</u>	<u>3</u>
“Dios santos”	
<u>Retiro</u>	<u>5</u>
La juventud resucitada en Cristo	
<u>Formación</u>	<u>11</u>
El lugar de Dios en la vida pública	
<u>Comunicación</u>	<u>15</u>
Las claves de una marca para sobrevivir	
<u>Carisma salesiano</u>	<u>18</u>
Santidad en la escuela de Don Bosco	
<u>Pastoral Juvenil</u>	<u>32</u>
Los pobres, protagonistas del cambio en la Iglesia	
<u>La Solana</u>	<u>43</u>
Solos en la vejez	
<u>Familia</u>	<u>45</u>
¿Qué es la familia cristiana?	
<u>Lectio divina</u>	<u>53</u>
Al servicio de la animación	
<u>El Anaquel</u>	<u>57</u>
125º aniversario presencia de los salesianos en Galicia	
<u>La levedad de los días</u>	<u>60</u>
Solo se inventa la mentira	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000

Tercera época

Delegación Inspectorial de Formación

Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Samuel Segura, Juan José Bartolomé, Cándido Orduna, Segundo Cousido, Jesús Rojano e Isidro Lozano.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

► Este número

¡Cristo vive!

Mateo González Alonso

Casi en la recta final del tiempo de Cuaresma el papa Francisco nos ha regalado la exhortación apostólica del sínodo de los jóvenes. A partir de los elementos trazados en el documento final, el pontífice ha escrito una larga carta a los jóvenes presentándole algunas grandes figuras de jóvenes creyentes en la Escritura y en la historia y, a la vez, les ha mostrado cuales son los ejes fundamentales de una pastoral juvenil atenta a las realidades que viven los jóvenes del siglo XXI, o cada uno de los jóvenes ya que el texto se abre a la pluralidad de contextos y proyectos vitales de quienes viven en esta preciosa edad de la vida.

Además el título de la exhortación, con el que abrimos este número de **forum.com** no podría ser más oportuna en esta octava de Pascua en la que nos llega este subsidio. La presencia del Resucitado, la luz pascual, inspira toda experiencia de fe llamada a madurar y responder a las inquietudes más profundas de cada uno de los jóvenes de hoy.

Y en esta dirección apunta también el “**Retiro**” que Samuel Segura nos ofrece en este número de **forum.com** ya que precisamente nos propone hacer una relectura de los textos pascuales de la exhortación *Christus vivit*. Una oportunidad para vivir más intensamente la “juventud resucitada de Cristo”.

Y cambiando de Papa, en la sección de “**Formación**” retomamos uno de los documentos de Benedicto XVI para redescubrir la presencia de Dios en la vida de hoy a través del compromiso de los cristianos. Aunque no dejamos de lado las insistencias del papa Francisco, por eso en la sección dedicada a la “**Pastoral juvenil**” ofrecemos una reflexión sobre como el cambio de la Iglesia vendrá a través de los pobres –o no vendrá–.

En la sección “**Carisma salesiano**” recogemos la intervención de Aldo Giraudo en las Jornadas de Espiritualidad de la Familia Salesiana dedicadas este año, en sintonía con el aguinaldo, a la santidad con estilo salesiano. Más salesianidad se sigue ofreciendo en la siguiente de las “*Lectio Divina*” de Juan José Bartolomé a partir de los iconos pastorales que nos presenta la última edición del Cuadro Fundamental de referencia de la Pastoral Juvenil, en este caso la última de la serie.

En el apartado dedicado a la “**Familia**” ofrecemos algunas claves sobre los rasgos actuales de la familia cristiana, en parte a través de los trazos que nos ofrece la exhortación del papa Francisco *Amoris Laetitia*.

Además, en la sección de “**Comunicación**” recogemos algunos sencillos principios de márketing sobre una marca puede sobrevivir e incluso ser más atractiva en esta era de los digital.

Nuevamente ofrecemos material formativo para los mayores en nuestra “**Solana**” –a través de una interesante y sencilla carta pastoral del cardenal arzobispo de Barcelona, Juan José Omella– y en el “**Anaquel**” ofrecemos la homilía del obispo auxiliar de Santiago de Compostela en la Santa Misa de apertura de los actos del 125º aniversario de los salesianos en Galicia. Y cerramos, una vez más, con las reflexiones cotidianas de Isidro Lozano en sección la “**Levedad de los días**”.

¡Vive Cristo! Es Pascua, tiempo para renacer, para recoger los frutos de nuestra conversión, para dejarnos iluminar por la luz purificadora del Resucitado, para difundir la Buena Noticia del Reino. Que la lectura de forum.com nos haga apuntar en esta dirección. ¡Buena Pascua! ¡Buena lectura!

Retiro

La Juventud resucitada de Cristo

Delegación de Formación

1.- Motivación

“CRISTO VIVE, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo (...) ¡Él vive y te quiere vivo!” (CV 1). Así empieza el Papa Francisco su Exhortación Apostólica, fruto del Sínodo de los Jóvenes. Es en este tiempo pascual, empezando a cosechar los frutos de este Sínodo tan significativo para nosotros, salesianos; y en el mes de mayo, mes de nuestra Madre Auxiliadora, que “ilumina de nuevo nuestra juventud” (CV 48), donde se sitúa esta sencilla reflexión para el Retiro mensual.

“Ser joven, más que una edad es un estado del corazón” (CV 34). En este Retiro nosotros, salesianos, nacidos para, por y con los jóvenes, estamos invitados una vez más a la conversión a nuestra más profunda identidad: recobrar nuestra juventud en el dinamismo de la caridad pastoral. Y unirnos así a esa llamada que el Papa Francisco hace a toda la Iglesia. Porque “una institución tan antigua como la Iglesia puede renovarse y volver a ser joven (...) volver a lo esencial del primer amor” (CV 34). La Congregación salesiana, que no es tan antigua, puede y debe renovarse en el contacto con los jóvenes, alimentando ese ‘estado del corazón’ llamado ‘juventud’. Y eso sólo se logrará, si cada uno de nosotros, salesianos, asumimos de forma renovada, la llamada inicial a la que respondimos al Señor de ser con los jóvenes y para ellos, “signos y portadores del amor de Dios” (C 2).

Nos van a servir para ello los iconos bíblicos a los que hacen referencia los diferentes documentos del Sínodo de Obispos sobre los jóvenes. En ellos aparecen, en contexto pascual, algunos textos significativos (el relato de Emaús), y algunos personajes clave: Juan, el discípulo amado; María Magdalena, buscadora del Señor; el joven que tenía los cinco panes y dos peces. Y finalmente pediremos a María, la muchacha de Nazaret, que nos ayude a ‘rejuvenecernos’, que renueve nuestra juventud con la fuerza de su plegaria y nos acompañe siempre con su presencia de Madre y Auxiliadora de los cristianos (cf. CV 298).

2.- La juventud resucitada de Cristo

“CRISTO VIVE (...) Él está en ti, Él está contigo y nunca se va (...) Cuando te sientas avejentado por la tristeza, los rencores, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará allí para devolvarte la fuerza y la esperanza” (CV 1-2). Es evocador que el Papa Francisco haya elegido, como título de su Exhortación Apostólica, *el eterno eslogan de nuestras Pascuas con Jóvenes*: “¡Cristo Vive!” Nos recuerda que la raíz de nuestra juventud no está en los años que tengamos y en la experiencia que hayamos acumulado, sino en la eterna juventud del Señor Resucitado que nos llama cada día, en cada etapa de nuestra vida, a ser testigos de su presencia en nosotros entre los jóvenes. “Jesús, el eternamente joven, quiere regalarnos un corazón siempre joven (...) un corazón capaz de amar” (CV 13).

Es justamente un relato de aparición del Resucitado, quien ha servido de guión a la reflexión sinodal. Y que quiere ser un icono del camino que ha de realizar siempre la Iglesia en contacto con la realidad, con los jóvenes: *Reconocer, Interpretar y Elegir*. Un relato que, para nosotros salesianos, ya desde el año 1990, es la clave de nuestro “Educar a los jóvenes en la fe”, tal como nos lo presentaba nuestro Capítulo General XXIII. Puede ser iluminador presentar en paralelo ambas lecturas, eclesial y salesiana, del texto de Emaús,

Documento final Sínodo, nº 4 (2019)	Capítulo General 23, nº 93 (1990)
“Hemos reconocido en el episodio de los discípulos de <i>Emaús</i> (cf. Lc 24, 13-35) un texto paradigmático para comprender la misión eclesial en relación a las jóvenes generaciones”.	“Todo esto lo hacemos a ejemplo del Señor y siguiendo el método de su caridad de Buen Pastor en el camino de <i>Emaús</i> ” (cf. Lc 24, 13-36). Repetimos sus actitudes”.
“Jesús camina con los dos discípulos que no han comprendido el sentido de lo sucedido y se están alejando de Jerusalén y de la comunidad. Para estar en su compañía, recorre el camino con ellos. Los interroga y se dispone a una paciente escucha de su versión de los hechos para ayudarles a <i>reconocer</i> lo que están viviendo.”	“Tomamos la iniciativa del encuentro y nos ponemos al lado de los jóvenes; con ellos hacemos el camino escuchando y compartiendo sus inquietudes y anhelos...”
“Después, con afecto y energía, les anuncia la Palabra, guiándolos a <i>interpretar</i> a la luz de las Escrituras los acontecimientos que han vivido”.	“... les explicamos con paciencia el exigente mensaje del Evangelio...”

<p>“Acepta la invitación a quedarse con ellos al atardecer: entra en su noche. En la escucha, su corazón se reconforta y su mente se ilumina, al partir el pan se abren sus ojos”.</p>	<p>“... y con ellos nos detenemos, para repetir el gesto de partir el pan y suscitar en ellos el ardor de la fe...”</p>
<p>“Ellos mismos <i>eligen</i> emprender sin demora el camino en dirección opuesta, para volver a la comunidad y compartir la experiencia del encuentro con Jesús resucitado”.</p>	<p>“... que los transforma en testigos y anunciadores creíbles”</p>

La *sinodalidad* (*‘syn-hodos’*, camino-con) es hoy la opción irrenunciable de la Iglesia en su misión salvadora de la humanidad. Siempre lo ha sido en nuestro carisma salesiano: es *con* los jóvenes, entre ellos, escuchándoles y compartiendo su vida, como llevamos a cabo nuestra misión educativo-pastoral. Siempre hemos creído en el protagonismo de los jóvenes, en su capacidad de ser *evangelizadores de los propios jóvenes*. Es ahora la propia Iglesia, con ocasión de este sínodo, quien nos lo recuerda, quien nos pide que seamos de verdad nosotros mismos.

Releo una vez más el relato de Emaús (Lc 24, 13-35), fijándome en los detalles, y me pregunto: ¿Entiendo mi vida cristiana, religiosa, salesiana, desde la clave de caminar con los jóvenes para llevarles al encuentro con el Señor Resucitado y provocar en ellos que sean sus testigos?

2.1.- Juan, el discípulo amado, que corre hacia el sepulcro

El apóstol Juan es el modelo de discípulo del Señor que la Iglesia ofrece a los jóvenes.

“Juan, en particular, será llamado a ser testigo de la Pasión y Resurrección de su Maestro. En la última cena (cf. Jn 13, 21-29), su intimidad con Él lo llevará a reclinar la cabeza sobre el pecho de Jesús y a confiar en Su palabra. Mientras conduce a Simón Pedro a la casa del sumo sacerdote, se enfrentará a la noche de la prueba y de la soledad (cf. Jn 18, 13-27). Junto a la cruz acogerá el profundo dolor de la Madre, a quien es confiado, asumiendo la responsabilidad de cuidar de ella (cf. Jn 19, 25-27). En la mañana de Pascua compartirá con Pedro la carrera agitada y llena de esperanza hacia el sepulcro vacío (cf. Jn 20, 1-10). Por último, durante la extraordinaria pesca en el lago de Tiberíades (cf. Jn 21, 1-14), reconocerá al Resucitado y dará testimonio de Él a la comunidad” (LS 0.1).

Hay un episodio en el que la reflexión sinodal se detiene especialmente, y que tiene un preciso y precioso mensaje. “La mañana de Pascua el joven discípulo que el Señor amaba llegó el primero al sepulcro, precediendo en su carrera a Pedro, que sentía el peso de la edad y de su traición (cf. Jn 20, 1-10); del mismo modo en la comunidad cristiana el dinamismo juvenil es una energía renovadora para la Iglesia, porque le

ayuda a quitarse de encima pesadez y lentitud, y a abrirse a Cristo resucitado. Al mismo tiempo, la actitud del discípulo amado indica que es importante permanecer vinculados a la experiencia de los ancianos, reconocer el papel de los pastores y no avanzar solos. De este modo se logrará esa sinfonía de voces que es fruto del Espíritu” (DF 66).

Ambos apóstoles, el joven y el más anciano en edad y en fragilidad, corren al encuentro del Señor. Nuestra historia salesiana está llena de vida y camino compartidos con los jóvenes. Cuántas veces y en cuántos aspectos ellos nos han precedido, van por delante de nosotros y hemos aprendido de ellos, porque han llegado “antes que nosotros” a mostrarnos al Señor. Y cuántas otras veces se han detenido, como Juan a la puerta del sepulcro, para esperarnos, para recibir de nosotros una palabra iluminadora en su vida reciente, inexperta. Ellos nos ayudan a renovarnos, nosotros debemos iluminar su vida, cuando no son ellos mismos quienes nos iluminan a nosotros, porque como Juan, ‘ven y creen’ (cf. Jn 20, 8), cuando nosotros nos quedamos, como Pedro, con la duda.

Releo una vez más el relato del sepulcro vacío (Jn 20, 1-10), y me pregunto: ¿Qué me han enseñado los jóvenes a lo largo de mi vida? ¿Qué he tratado de transmitirles? ¿Qué supone su presencia en este momento para mí, en mi vida?

2.2.- María Magdalena, buscando a su Señor

La joven María Magdalena, curada de sus heridas por Jesús, no puede ya prescindir de Él. No puede dejar de buscarle. Herida de amor, aún a tientas, aún con la certeza de la muerte de su Señor, le busca. Ante su tumba vacía, se siente morir, porque “se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto” (Jn 20, 13).

“María Magdalena, habitada por un deseo profundo del Señor, desafiando la oscuridad de la noche, corre a buscar a Pedro y al otro discípulo: su ponerse en movimiento activa también el de ellos, su dedicación femenina anticipa la marcha de los apóstoles y les abre el camino (cf. Jn 20, 1-2). Al amanecer de aquel día, el primero de la semana, llega la sorpresa del encuentro: María buscó porque amaba, pero encuentra porque es amada. Jesús resucitado se deja reconocer llamándola por su nombre y le pide que lo deje, porque su Cuerpo resucitado no es un tesoro que retener, sino un Misterio para compartir. Así, ella se convierte en la primera discípula misionera, la “apóstola” de los apóstoles. Curada de sus heridas (cf. Lc 8, 2) es testigo de la resurrección, es la imagen de la Iglesia joven que soñamos” (DF 115).

También nosotros, en nuestra juventud, fuimos *heridos de amor* por el Señor resucitado, y en nuestra primera profesión nos sentimos curados, nuestra vida se llenó de sentido y nos entregamos a su seguimiento en el servicio de los jóvenes. Puede habernos sucedido que, con el tiempo, hayamos dejado de buscar al Señor, por considerarlo una posesión conseguida, y ahora nos encontremos con un sepulcro vacío y nadie que nos dé explicaciones. Dejar de buscar al Amado es dejar de amarle. Y buscarle allí donde ya no está es condenarse a no encontrarle, a encontrar simplemente un sepulcro vacío.

Estamos invitados a recobrar la juventud de una María Magdalena, que no ha perdido el amor primero y que no desespere buscando a su Señor, aunque sea confundiéndole

con el jardinero. Estamos invitados a *rejuvenecer* en nosotros aquella primera llamada, aquel amor primero por el Señor. Y volver a escucharle pronunciando nuestro nombre. Y reconocer, en ese nombre pronunciado, su voz y su presencia resucitada en nuestra vida. Solo así, sentiremos la alegría del reencuentro con Él y las ganas de convertirnos de nuevo en sus testigos en nuestra comunidad, entre los jóvenes.

Releo de nuevo el relato de Jn 20, 1-2. 11-18 y me pregunto: ¿Busco al Señor cada día? ¿Busco su voluntad en cada momento y circunstancia de mi vida? ¿Vivo de rentas, de rezos, de rutinas? El Señor sigue pronunciando mi nombre, llamándome como aquella primera vez... ¿cuál es mi respuesta y mi compromiso?

2.3.- El joven que tenía los cinco panes y dos peces

La realidad más bella del Sínodo ha sido sin duda la presencia y participación de los jóvenes en él. “Los jóvenes han participado desde el inicio en el proceso sinodal (...) Su aportación ha sido esencial, como en el relato de los panes y los peces: Jesús ha podido realizar el milagro gracias a la disponibilidad de un joven que ha ofrecido con generosidad todo lo que tenía” (cf. Jn 6, 8-11).

La presencia de los jóvenes en nuestra vida, como salesianos, es esencial. Forma parte de nuestra identidad y es nuestra manera de ser cristianos y salesianos. En ella está comprometida nuestra propia experiencia de Dios. “Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes para ofrecernos la gracia del encuentro con él y disponernos a servirle en ellos, reconociendo su dignidad y educándoles en la plenitud de la vida” (CG23 95).

En el relato de contexto eucarístico pascual de la multiplicación de los panes y de los peces tal como lo narra Juan, de poco valen los cálculos que los discípulos de Jesús para dar de comer a la multitud: “Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo” (Jn 6, 7).

Será un joven, un muchacho, quien aportará una solución, aparentemente incompleta, al problema. Pero suficiente para que Jesús obre el milagro. Tantas veces organizamos nuestras obras, nuestros servicios educativos para los jóvenes, pero sin los jóvenes. Tantas veces dedicamos más tiempo a nuestras reuniones, programaciones y proyectos... que a estar con los jóvenes y a descubrir los ‘panes y peces’, escasos, sencillos, pero auténticos, que ellos tienen y pueden aportarnos.

El protagonismo juvenil en el Sínodo es una llamada de atención para nosotros, que siempre hemos considerado dicho protagonismo tan característico de nuestra misión y de nuestro espíritu. Dar voz a los jóvenes, contar con ellos, implicarles, corresponsabilizarles... y, sobre todo, descubrir en su sencilla aportación la *materia prima* con la que Jesús, el Señor resucitado, es capaz de transformarlo todo y saciar a la multitud.

Repaso de nuevo el relato de Jn 6, 1-14, y me pregunto: ¿Qué cantidad y qué calidad tienen mis momentos de encuentro y presencia entre los jóvenes? ¿Creo realmente que Dios me está esperando en ellos para encontrarse conmigo?

3.- María, la muchacha de Nazaret

“En el corazón de la Iglesia resplandece María. Ella es el gran modelo para una Iglesia joven, que quiere seguir a Cristo con frescura y docilidad. Cuando era muy joven, recibió el anuncio del ángel y no se privó de hacer preguntas (Lc 1, 34). Pero tenía un alma disponible y dijo: ‘Aquí está la servidora del Señor’ (...) Fue algo distinto a un ‘sí’ como diciendo: bueno, vamos a probar a ver qué pasa. Era decidida, supo de qué se trataba y dijo ‘sí’, sin vueltas” (CV 43).

El Señor nos está pidiendo, una vez más, que nos fiemos de Él y que le entreguemos toda nuestra vida, que seamos disponibles a su voluntad, que nos sintamos instrumentos de su misericordia para conducir a los jóvenes a Cristo, para ‘darle a luz’ en nuestro mundo.

“Aquella muchacha hoy es la Madre que vela por los hijos, estos hijos que caminamos por la vida muchas veces cansados, necesitados, pero queriendo que la luz de la esperanza no se apague. Eso es lo que queremos: que la luz de la esperanza no se apague” (CV 48). Aquella muchacha es hoy nuestra Auxiliadora que, como Madre y Maestra, vela por nosotros y por nuestros jóvenes y quiere alimentar, por medio de nosotros, la eficacia del mensaje salvador de su hijo el Señor resucitado. Con ella y como ella, una vez más, queremos decir ‘Sí’ al Señor.

Formación

El lugar de Dios en la vida pública. Una lectura de 'Caritas in Veritate'

María Teresa Compte

La verdad sobre el hombre, iluminada por la verdad revelada por Dios en Jesucristo, es la conmovedora novedad de la revelación bíblica¹. Esta especificidad es la que la Iglesia católica se propone traducir en su Doctrina Social para dar testimonio del amor que Dios Padre dona a cada hombre. Al hacerlo así, la Iglesia contribuye “a dar fuerza a la verdad, mostrando su capacidad de autentificar y persuadir en la concreción de la vida social” (*Caritas in Veritate* 2).

Esta sencilla formulación, expresada de modos diversos a través de Encíclicas, Mensajes, Discursos y Homilías, es uno de los rasgos más significativos del modo pastoral con el que Benedicto XVI se acerca al mundo en el que vive; un mundo del que Dios está ausente como consecuencia de un estilo de vida en el que los dones divinos de la vida y la creación han perdido todo su significado. Ya en el año 1943, el teólogo francés Henri de Lubac lo expresó de modo sublime en su obra *El drama del humanismo ateo*, al explicar los cambios culturales que habían hecho de la muerte de Dios el requisito para el triunfo de la libertad humana. Esta antropología prometeica que, fascinada por la razón científico-técnica detesta la acción creadora de Dios, es la que, convertida en cultura, ha acabado expulsando a Dios del mundo por considerarlo superfluo e innecesario². Pues bien, en la hora presente, al decir del Papa Benedicto XVI, la Iglesia está llamada a abrir este mundo, dominado por el espíritu técnico, a las verdades trascendentes de la fe cristiana a través de un diálogo amoroso que, como escribió Pablo VI en su primera Encíclica *Ecclesiam Suam*, permita que Iglesia y mundo se encuentren y se amen³.

Benedicto XVI está absolutamente dispuesto a animar y promover este diálogo de modo permanente. Y cree, me atrevería a decir que de modo fervoroso, que la Doctrina Social de la Iglesia, sus principios constitutivos, los criterios desde los que juzga la realidad, en definitiva, todo su estatuto epistemológico, son un rico complemento para este

¹ *Deus Caritas Est* (25-12-2005) 11. Cfr. BENEDICTO XVI, *Visita pastoral a Verona, Discurso de su Santidad Benedicto XVI a los Obispos, Sacerdotes y fieles laicos participantes en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana* (19-10-2006).

² *Ibid.*

³ *Caritas in Veritate* 4. Cfr. PABLO VI, *Ecclesiam Suam*, (6-8-1964) 4, 25. cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso al Colegio de Escritores cristianos de la revista la Civiltà Cattolica* (17-2-2006).

diálogo, especialmente para con las ciencias humanas y sociales desde las que se abordan las cuestiones políticas, económicas, culturales y espirituales que interpelan al hombre de nuestro tiempo⁴. El lenguaje de la DSI es un lenguaje racionalmente inteligible que abona la comunicación entre una cultura secularizada y la verdad cristiana. Este lenguaje puede ayudar a que el Dios Padre de Jesucristo sea públicamente reconocido. Porque la Iglesia no puede renunciar a que Dios tenga un lugar allí donde los hombres viven en comunidad⁵.

El lugar de Dios en el mundo

El amor de Dios por el hombre es la razón de ser de la insistencia con la que Benedicto XVI pide un lugar para Dios. No hay duda de que el Papa está dispuesto a profundizar de manera especialísima en la dimensión teológica y antropológica, que no jurídica, como tampoco política, de esta convicción. Y no porque el Magisterio de Benedicto XVI desprecie las múltiples formas de presencia social través de las que la Iglesia católica se ha hecho presente y se sigue haciendo presente en el seno de las sociedades humanas, sino, todo lo contrario, porque, consciente de la insuficiencia de aquéllas para visibilizar el tesoro de la Fe cristiana en la hora presente, dirige su atención hacia el único principio capaz de explicar la existencia de esas formas de compromiso temporal⁶.

Con absoluta claridad lo escribió en su primera Encíclica *Deus Caritas Est* (28): si la Iglesia se compromete en el mundo y con el mundo es como respuesta al dinamismo del Amor de Dios⁷. El sí de la Iglesia a Dios es el sí de una familia de hombres, de una compañía de amigos, que, pese a las fragilidades de su naturaleza, no son moralmente indiferentes a la suerte de su prójimo. Esta fuerza creadora se expresa en el Mandamiento del Amor. Y constituye, tal y como hemos aprendido en *Solicitudo Rei Socialis* y *Centesimus Annus*, en la Instrucción *Libertatis Constancia* y, ahora, en *Caritas in Veritate*, la naturaleza teológica de la Doctrina Social de la Iglesia⁸.

La caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia. Todas las responsabilidades y compromisos trazados por esta doctrina provienen de la caridad que, según la enseñanza de Jesús, es la síntesis de toda la Ley (cf. *Mt* 22,36-40). Ella da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas. Para la Iglesia —aleccionada por el Evangelio—, la caridad es todo porque, como enseña San Juan (cf. *1 Jn* 4,8.16) y como he recordado en mi primera Carta encíclica «Dios es caridad» (*Deus caritas est*): *todo proviene de la caridad de Dios, todo*

⁴ DCE (27)

⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Fiesta del Bautismo del Señor* (8-1-2006) Cfr. (ES 28-29).

⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso de su Santidad Benedicto XVI a los Obispos, Sacerdotes y fieles laicos participantes en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana* (19-10-2006).

⁷ (CIV 5)

⁸ *Solicitudo Rei Socialis* (30-12-1987) 1, 3, 5, 8, 20-21, 41-42, *Centesimus Annus* (1-5-1991) 2-3, 5, 11, 13-14, 18, 20, 23, 25-26, 30, 43, 53-56, 59-60), CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción sobre Libertad Cristiana y Liberación* (22-3-1986) Capítulo V, *Caritas in Veritate* (29-6-2009) 2, 5-6, 9-10, 12-13, 15, 25, 31, 35-37, 40, 45, 56, 75.

adquire forma por ella, y a ella tiende todo. La caridad es el don más grande que Dios ha dado a los hombres, es su promesa y nuestra esperanza (CIV 2).

Este modo magisterial de abordar la naturaleza de la Doctrina Social de la Iglesia es un impulso para una mejor comprensión de la misma, especialmente hacia el interior de la propia Iglesia. Benedicto XVI arranca sus enseñanzas de la contemplación que desemboca, finalmente, en la acción. Todo comienza en el Logos, la razón primordial, como dice *Deus Caritas Est*, que, lejos de permanecer velada a los ojos de los hombres, se revela en su relación de amor con ellos. La verdad de Dios se da a conocer en su amor por el hombre. Un amor creador que pone en manos de los hombres dos dones espléndidos: la vida y el mundo. Y el hombre, que se sabe amado, responde acogiendo ambos dones para gozarlos, hacerlos fructificar y comunicarlos a sus semejantes. La caridad, dice *Caritas in Veritate*, es amor recibido y ofrecido. Una hermosa y, al mismo tiempo, sencilla manera de expresar la íntima relación que existe entre un Dios que se dona y un hombre que, consciente de ser el primer destinatario de ese Don, lo acoge para entregarlo y entregarse, él mismo también, a sus semejantes. Esta dinámica de caridad recibida y ofrecida es encauzada, comprendida y sistematizada por la Doctrina Social de la Iglesia (CIV 5). De hecho, dice Benedicto XVI, la DSI es “*caritas in veritate in re sociale*” (CIV 5) o “anuncio de la verdad del amor de Cristo en la sociedad”. Así pues la DSI es teología y antropología que pivotan sobre el principio último: la caridad en la verdad, luego concretada en principios prácticos de acción. Si la Doctrina Social de la Iglesia es testimonio de la caridad de Dios en las relaciones sociales, es, así mismo, el instrumento imprescindible para hacer presente a Dios en la vida social. Y no porque la DSI sea un programa cerrado que pueda o pretenda imponerse a la sociedad, sino porque es una propuesta de sentido, razonada y razonable, que sirve a la instauración de la convivencia. Esta cuestión fue amplia y profundamente tratada por el Cardenal Joseph Ratzinger un año antes de ser elegido Papa en su Diálogo con Jürgen Habermas en la Academia Católica de Baviera.

El Teólogo Ratzinger, hoy Benedicto XVI, ha seguido profundizando en esta cuestión al sostener con fervor que la relación entre la Fe y la Razón, y, por lo tanto, también, la relación entre la Fe y la Política, es una relación natural de la que, en uno y otro caso, la Fe, la Razón y la Política salen reforzadas. Eso, sí, siempre y cuando se respete la naturaleza propia de cada una de ellas y se entable un diálogo honesto y, por lo tanto, abierto a la verdad de las cosas. De ahí la insistencia en reseñar que lo más novedoso, específico u original en la DSI no son las concreciones prácticas, sino los principios que iluminan la acción. A eso es, por ejemplo, a lo que el Papa se refiere cuando en su última Encíclica insiste, sobremanera, en el sentido último del Magisterio de *Populorum Progressio*. Las exigencias de la justicia que brotan de las obligaciones asumidas en el interior de la conciencia son sólo la concreción práctica de la única verdad definitiva: el amor gratuito de Dios que llama a cada hombre a ser quien es y a serlo en plenitud. Y esta llamada, a la que el hombre debiera responder afirmativamente, exige, para su consecución, la existencia de unas condiciones de vida justas que hagan posible el desarrollo íntegro de la persona. En este sentido, como apuntábamos con anterioridad, lo definitivo en la DSI es el Amor. Y esta invitación a amar y a ser amado es la que la DSI debe colocar en el centro de la cuestión social. No porque pretenda sustituir los deberes de justicia que competen a las instituciones temporales de las que se dotan las sociedades, sino porque sólo la gratuidad propia del amor incondicional es capaz de dar

más allá de lo que cada uno de nosotros merece por sus méritos, esfuerzos o competencias. El Mandamiento del Amor a Dios y al Próximo no resta fuerza profética a la DSI, como algunos andan argumentando. ¿Hay algo más radical que la opción de Dios por el hombre, por cada hombre real, histórico y concreto?

Consciente de esta dicotomía que, a día de hoy sigue estando presente en la vida diaria de la Iglesia, Benedicto XVI ha orientado la reflexión sobre la DSI a partir del binomio justicia-caridad. No se trata de una relación dialéctica, sino todo lo contrario, de una relación de sentido.

En su primera Encíclica, el Papa apuntó con maestría que la realización de un orden humano justo es competencia de la política. La distinción de naturaleza, planos, y fines entre la política y la religión, así como la rotunda afirmación del principio de autonomía de las realidades temporales constituyen dos pilares fundamentales en las relaciones entre fe y política según la doctrina de la Iglesia Católica. Benedicto XVI cree firmemente en ello y, precisamente por ello, es capaz de afirmar con tanta pasión como convicción que, la distinción, no puede, en ningún caso, ni ahogar, como tampoco desdibujar, la misión de la Iglesia “a favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación” (CiV 9).

Entre evangelización y desarrollo del hombre o promoción humana existen lazos fortísimos, recuerda Benedicto XVI. Lo escribió Pablo VI (EN 31). Y, dado que cada hombre está llamado por Dios a promover su propio desarrollo, la Iglesia atiende solícita esta vocación o llamada de cada ser humano a ser más humano. Si la Iglesia opta a favor del desarrollo del hombre y de todos los hombres es, precisamente, por esta razón. Porque el camino del hombre sobre el mundo no es el mero fruto de la racionalización técnica, sino “una tarea de la razón moral que debe sustentarse en valores antropológicos que contemplen al hombre en la integridad de su ser”⁹. Y esto es así porque el proyecto de ordenación de la convivencia descansa “en la búsqueda de la verdad objetiva y en la dimensión de servicio al hombre y a la sociedad, reconociendo a toda persona humana, incluso a la más pobre y humilde, su dignidad trascendente e imprescriptible”¹⁰.

De este modo la DSI se revela como instrumento adecuado para pronunciar en público el nombre de Dios y hacerlo a través del testimonio de la Caridad que no se impone más que por la fuerza de la caridad misma.

9 Cfr. JUAN PABLO II: *Discurso de apertura de los trabajos de la III Conferencia del CELAM*, III, 2 (28-1-1979), Puebla, México, *Dives in Misericordia* (30-11-1980), 12, *Discurso al Cuerpo Diplomático* (1981), 12; PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi* (8-12-1975) 29.

10 JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el II Encuentro de Políticos y Legisladores de Europa* (23-1-1998) 3.

Comunicación

Las claves de una marca para sobrevivir y ganar valor en la era digital

Conrad Llorens¹¹

A pesar de la complejidad de los retos, el nuevo panorama permite una gestión más eficiente y compartida de la marca, lo cual redundará en mejores resultados y en un mayor crecimiento.

El contexto actual se caracteriza no sólo por ser enormemente cambiante, sino también por la rapidez con que se producen los cambios. Y la digitalización es uno de los principales motores del cambio. Incide en la manera como éstas se comunican y se relacionan con sus grupos de interés, en la gestión de sus procesos operativos, en la experiencia que generan a sus clientes y también en los modelos de negocio, entre otros aspectos. Marcas como Skype, Uber, Airbnb, TripAdvisor, Amazon, Netflix o Spotify, entre otras, se caracterizan por no tener activos fijos, por adoptar un rol de mediador entre oferta y demanda, por transformar la compra en pago por uso, por incorporar modelos freemium o directamente gratuitos, por nutrirse de contenidos generados por los usuarios y por convertir el producto en servicio. Veamos las oportunidades de la digitalización a los gestores de las marcas:

1. Necesidad de foco. Es más importante que nunca tener un foco estratégico claro. Un punto de vista propio sobre el producto o el sector, un propósito, un enfoque como marca, que se materialice en un ADN que la organización pueda interpretar fácilmente y que le permita comportarse de forma espontánea en línea con la estrategia definida en todo momento.

2. Nada es permanente. Los ciclos son hoy más cortos (también en el branding) y la vigencia temporal de las estrategias es menor. Por eso, conviene monitorizar constantemente la evolución de la marca para actualizar o matizar la estrategia en función de la evolución del entorno. Aunque es fundamental una estrategia que muestre

¹¹ CEO de SUMMA Branding.

la dirección a seguir, las marcas se construyen cada vez más en el día a día, por lo que más que reglas inamovibles se necesitan principios claros y pautas interpretables.

3. Ser coherente es más difícil. Uno de los objetivos claves del responsable de la marca sigue siendo asegurar la coherencia de todas las expresiones y actuaciones de la marca, tanto on line como off line. Pero la digitalización ha multiplicado los puntos de contacto que las marcas tienen con sus audiencias, con lo que el reto hoy es mayor. Para garantizar la coherencia y la eficiencia en la gestión en el entorno actual, es útil contar con plataformas digitales, como por ejemplo BrandCenter, que pone a disposición de todos los empleados y colaboradores los recursos estratégicos y tácticos de la marca y aplicaciones para su uso, y a la vez que el responsable de marca tenga una visión global a través del cuadro de mando.

4. Inmediatez y personalización. Gestionar marcas en el entorno digital requiere practicar una escucha social activa y constante, cosa que es posible gracias a herramientas digitales que evalúan los comentarios en relación a las marcas y los sentimientos asociados a los mismos. Pero la escucha es el punto de partida, ya que hay que dar respuestas inmediatas y a medida de las necesidades de los clientes. Inmediatez y personalización son los mayores retos.

5. Promesa y experiencia. Para gestionar una marca hoy, es necesario definir claramente la proposición de valor que la marca puede ofrecer a sus audiencias, pero también lo es garantizar que la experiencia que la empresa genera en la interacción con sus audiencias se corresponde con dicha promesa. Por eso, el responsable de marca debe tener atribuciones que le permitan coordinar las actuaciones de las distintas áreas, y velar así porque la experiencia que obtienen los clientes sea coherente en todos sus puntos de contacto y responda a la estrategia de marca definida.

6. Marca y negocio han de ir de la mano. La marca debe inspirar al negocio y el negocio debe cuidar y nutrir constantemente a la marca. Esto quiere decir que de una parte, la idea que defiende la marca ha de ser la inspiración real de todo aquello que hace y dice la empresa, y por otra, que con el desarrollo normal de su actividad, la empresa da credibilidad y tangibiliza la promesa de marca. Es importante que la empresa renuncie a políticas, decisiones y comportamientos que entren en contradicción con su proposición de valor, aunque ello le pueda reportar ingresos a corto plazo, pues de esa forma erosiona su marca. Las marcas de la era digital se construyen a partir de su modelo de negocio más que con cualquier forma de comunicación.

7. Gestión compartida. Las personas están dispuestas a dejar que las marcas formen parte de sus vidas y a utilizarlas como parte integrante de su identidad como individuos, a compartir ideas y valores con ellas, pero a cambio exigen a las marcas que sean de verdad honestas, abiertas, sinceras y auténticas. Y quieren participar en las decisiones, de manera que los responsables de marca deben ofrecer espacios que permitan la gestión colaborativa de la marca con sus usuarios, ya que también son suyas.

8. Monitorización constante. Es imprescindible contar con analíticas e indicadores que aporten información regular sobre el grado de consecución de la estrategia y pongan de relieve si son necesarios ajustes o reenfoques.

Carisma salesiano

Santidad en la escuela de Don Bosco¹²

Aldo Giraud, SDB

Para entender la idea de santidad de Don Bosco, no podemos dejar de referirnos a un episodio que narró en la Vida de Domingo Savio.

Un joven, recién llegado a la comunidad de Valdocco, estaba viendo en el recreo los juegos de sus compañeros. Era Camilo Gavio, tenía una mirada frágil, una cara pálida, una mirada seria. Sufría problemas cardíacos y se encontraba convaleciente. Domingo, atento, se le acercó, comenzó a hablarle, le preguntó el motivo de su melancolía. “He tenido una enfermedad de palpitaciones, respondió, lo que me llevó al borde de la tumba, y ahora no me he curado todavía”. “Deseas curarte, ¿no es así?”, preguntó Domingo. “No tanto, deseo hacer la voluntad de Dios”. Fue una declaración inesperada que reveló a Domingo la madurez espiritual de su compañero, por lo que continuó diciéndole: “Quien quiera hacer la voluntad de Dios, desea santificarse a sí mismo [cf. 1Ts 4,3]; ¿Por lo tanto tienes la voluntad de hacerte santo?”. “Esta voluntad es grande en mí [...]; Pero no sé lo que tengo que hacer “. “Te lo diré en pocas palabras”, respondió Domingo: “Has de saber que aquí hacemos consistir la santidad en estar siempre muy alegres” (Vidas, 84).

Cuando mencionamos este episodio, generalmente nos detenemos aquí. Nos gusta esta hermosa y significativa afirmación, esta alegre acentuación de la santidad salesiana, y creemos que es suficiente por sí sola para expresar el tipo de perfección cristiana promovida por Don Bosco. Olvidamos que el discurso de Domingo continuó, sugiriendo un programa de santidad muy articulado y exigente:

“Solo trataremos de evitar el pecado, como un gran enemigo que roba la gracia de Dios y la paz de corazón; trataremos de cumplir nuestros deberes exactamente, y de frecuentar las prácticas de piedad. Comienza hoy a escribirte como un recordatorio: *Servite Domino in laetitia*, sirvamos al Señor con santa alegría “(Vidas, 84).

En estas expresiones hemos condensado toda la enseñanza espiritual de Don Bosco. De hecho, estaba convencido de que “ser muy feliz” era el fruto de la gracia divina que inunda y moldea el corazón y la mente de quienes deciden poner a Dios en el centro de sus vidas, en el don radical del yo, animado por la caridad, por lo que no solo se preocupa por evitar todos los pecados, sino que está atento y activo para discernir y cumplir siempre la voluntad divina y también en el cumplimiento amoroso de todos sus

¹² Intervención de las Jornadas de Familias Salesianas 2019.

deberes diarios, aquellos que son específicos del estado de vida de cada uno. Estos deberes los realiza con la solicitud, la precisión y la amabilidad que se derivan de un verdadero desprendimiento del corazón del “mundo”, de sus propios intereses, para entregarse libremente a Dios y a sus hermanos, siempre disponibles y felices de hacer. “lo que agrada a Dios” (como diría San Francisco de Sales), para servirlo con amor y alegría espiritual. Solo aquellos que son regenerados y unidos internamente por la caridad pueden servir *in laetitia*, como la Virgen María - “Aquí estoy, soy el siervo del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38) y como Cristo, quien se dio a sí mismo para la salvación de la humanidad - “He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad” (Hb 10,7). La entrega a Dios, fuente de todo bien, es fuente de felicidad plena y duradera.

En resumen, la hermosa afirmación de Domingo Savio adquiere su significado pleno solo cuando lo ubicamos en un contexto más amplio: el de todo el diálogo en el que se pronunció, el representado por el camino espiritual personal del joven santo, el de la propuesta articulada formativa hecha por don Bosco a los jóvenes y al ferviente ambiente educativo del Oratorio de aquellos años.

Aunque inspirada en varias tradiciones espirituales cristianas, especialmente en San Francisco de Sales y en San Alfonso de Liguorio, la santidad enseñada por Don Bosco tiene una connotación inconfundible y es el resultado de un proceso espiritual caracterizado por pasos progresivos, en creciente tensión hacia la plenitud de la caridad y marcada por algunos momentos decisivos y característicos nudos dinámicos: la decisión bautismal; la mortificación de sí; el vivir en la presencia de Dios.

1. “Darse a Dios” desde ahora, con totalidad

Ya en la primera edición del Joven cristiano (1847) notamos el esfuerzo de Don Bosco por enseñar a los niños del Oratorio a ser verdaderamente felices, a realizar todo su potencial, solo si nos entregamos a Dios, es decir, nos convertimos a Él con todo su ser y “desde ahora”, sin posponer la conversión a la vejez, porque “si comenzamos una buena vida ahora que somos jóvenes, seremos buenos en los años venideros, será buena nuestra muerte y el comienzo de una felicidad eterna” (GP 6-7). “Animo, pues, queridos, dedicaos a la virtud a su debido tiempo, y os aseguro que siempre tendréis un corazón alegre y feliz, y conoceréis cuán dulce es servir al Señor” (GP 13).

“Darse a la virtud” (es decir a una vida buena y santa) y “servir al Señor” son ante todo el fruto de una toma de conciencia, de una iluminación interior y de la consiguiente decisión de librarse de la apatía, la mediocridad o el hábito de pecar, cambiar la vida y comportarse como auténticos cristianos, como verdaderos discípulos de Cristo. Don Bosco puso en marcha todos sus recursos para dar nacimiento a este deseo y determinación en los corazones y las mentes de los jóvenes. De hecho, sin esa decisión, sin una transición tan radical del hombre viejo al hombre nuevo, no hay vida cristiana ni se puede avanzar en el camino de la perfección evangélica. Don Bosco sintió que esta era la sustancia de su misión, una misión recibida desde una edad temprana, como leemos en la narración del sueño de los nueve años: “Ponte inmediatamente a

instruirles sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud”, “con la mansedumbre y la caridad” (MO 62).

Este objetivo lo guió a lo largo de su vida y él trató apasionadamente de realizarlo:

- (1) *iluminando la inteligencia de los jóvenes* a través de la educación, el razonamiento, la explicación de la Palabra de Dios y la lectura espiritual;
- (2) conquistando sus corazones con una acogida afectuosa y cordial, la verdadera amistad y el afecto demostrado, con un amor desinteresado, operativo y una entrega educativa;
- (3) atraerlos con el encanto de su apasionante personalidad, su exitosa humanidad, el luminoso ejemplo de su vida, unificado y fortalecido por la caridad;
- (4) insertándolos en ambientes educativos positivos, fervorosos y agradables, en comunidades juveniles acogedoras, serenas y estimulantes, adaptadas a las necesidades y expectativas concretas de los jóvenes;
- (5) haciendo que experimenten concretamente, a través del sacramento de la confesión, la alegría y la belleza de la vida de gracia;
- (6) Apoyándolos paso a paso con asistencia atenta, comunitaria y personalizada, con un acompañamiento educativo y espiritual efectivo, en el camino de la purificación del corazón y la mente, de la construcción de las virtudes, del gusto por la oración y de la unión con Dios, de la comunión transfiguradora con el Cristo eucarístico, de la afectividad y de la ofrenda en las relaciones y en la actividad humana.

De este modo, verdaderamente experimentaron y comprendieron la belleza y la alegría de ser cristianos, la “belleza de la virtud”, de un estilo de vida santa, en oposición a la “fealdad” de una experiencia mediocre, mezquina y pecaminosa.

Lo que Don Bosco estaba tratando de iniciar era, por lo tanto, un proceso dirigido a la plena realización de su vocación personal, en el plano humano y en el plano interno, que al mismo tiempo logró disolver las resistencias y los bloqueos internos, a liberar las energías espirituales y morales, a dar un equilibrio sólido y favorecer la plena expansión de todo su potencial.

Don Bosco ayudó así a los jóvenes a entrar de manera decisiva en un *camino bautismal* que les permitió hacer, con firme voluntad y generoso impulso sus propias promesas de bautismo, haciéndolos tan efectivos en la vida diaria: la renuncia de Satanás, a todas sus obras, a las seducciones del pecado, a las atracciones del mal, y a la fe en Dios, Creador y Padre, en Jesús Redentor, maestro y modelo, en el Espíritu santificador. De esta manera, les dio el significado concreto del primer mandamiento: “Yo soy el Señor, tu Dios, y no tendrás otro Dios fuera de mí”; “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente” (Mt 22,37). Él los ayudaba a asegurarse

de que Dios fuera realmente el centro unificador de todo su ser en el seguimiento de Cristo.

La vida de Miguel Magone muestra toda la efectividad de esta pedagogía cristiana: el simpático encuentro con Don Bosco, que lo recibe con amor y le ofrece la oportunidad de salir de una situación de pobreza y peligro; lo inserta en un ambiente positivo, estimulante y vivaz; le ayuda con respecto a desatar los nudos de una conciencia “enredada”; le muestra la forma más fácil y efectiva de tomar su vida en sus propias manos y ponerla en orden. Todo esto progresivamente y con suavidad. Así, Miguel se abre a la conversión; nace en él, la determinación de “romper con el demonio” (Vidas, 122) y de “entregarse” a Dios; llega a saborear la alegre experiencia de la vida de gracia, que poco a poco, a través de una laboriosa correspondencia, madurará y transfigurará su personalidad. La conversión de Miguel Magone marca el comienzo de una existencia radicalmente nueva y santa, animada por un impulso generoso e impresionante.

En la vida de Domingo Savio, la determinación bautismal está ampliamente documentada. Las resoluciones de la primera comunión, que culminan en la decisión radical: “Muerte pero no el pecado” (Vidas, 46), se reanudan y confirman el 8 de diciembre de 1854: “María te doy mi corazón; que sea tuyo para siempre. ¡Jesús y María sed siempre mis amigos! Pero por piedad, dejadme morir antes de sufrir la desgracia de cometer un solo pecado” (Vidas, 57). Estas resoluciones se convierten en la sustancia de su oración: “Sí, Dios mío, ya te lo he dicho y te lo repito, te quiero y quiero amarte hasta la muerte. Si ves que he de ofenderte, mándame la muerte: sí, antes la muerte, mas no el pecado” (Vite, 90) y serán reconfirmados en su lecho de muerte: “Lo repito y lo digo mil veces: morir, mas no pecar” (Vidas, 98).

Es el mismo movimiento de totalidad que ha caracterizado el recorrido espiritual del propio Don Bosco, como podemos ver en el relato de las *Memorias del Oratorio*: cuando describe su primera comunión y las recomendaciones de la madre: “Estoy convencida de que Dios realmente ha tomado posesión de tu corazón. Ahora prométele hacer cuanto puedas para mantenerte bueno hasta el final de la vida...” (MO 69) ; cuando revela la fecundidad interna de su confianza en la guía espiritual de don Calosso: “Desde ese momento comencé a probar lo que es la vida espiritual...” (MO 71); cuando, sobre todo, relata la entrega radical de sí mismo a Dios en el momento de la vestición clerical:

El día de San Miguel (octubre de 1834) me acerqué a los santos sacramentos, luego el teólogo Cinzano preboste y vicario foráneo del país, me bendijo el hábito y me vestí de clérigo antes de la misa solemne. Cuando me ordenó que me quitara la ropa seglar con esas palabras: “Exuat te Dominus veterem hominem suis”, dije en mi corazón: “¡Cuántas cosas viejas hay que quitar! Dios mío, destruye todos mis malos hábitos en mí. Luego, cuando me entregó el cuello, agregó: “*Induat te Dominus novum hominem, qui secundum Deum creatus est in iustitia et sanctitate veritatis!*” me sentí conmovido y me dije: “Sí, oh Dios mío, déjame en este momento vestir a un hombre nuevo, es decir, desde este momento comienzo una nueva vida, todo de acuerdo con la voluntad divina y que la justicia y la santidad sean el objeto constante de mis pensamientos, mis palabras y mis obras. Que así sea. Oh María, sé mi salvación” (MO 101).

El despojamiento del hábito secular para vestir al religioso, el contraste entre un hombre viejo y un hombre nuevo, acompañado por la decisión de comenzar “una vida nueva, todo de acuerdo con las voluntad divina”, es decir, para el pleno cumplimiento de la voluntad de Dios y constantemente orientada hacia la justicia y la santidad, son referencias muy efectivas al cambio postulado por el bautismo y el seguimiento de Cristo. Fue una ruptura drástica con el estilo de vida anterior (que, como nos dice Don Bosco, no era malo, sino “disipado, jactancioso”), acentuado por la historia de disgusto durante el banquete al que el párroco lo invitó después de la vestición: “Esas personas, ¿qué sociedad podría formar alguna vez con alguien que en la mañana del mismo día había vestido el hábito de la santidad para entregarse del todo al Señor?” (MO 102).

La decisión de conversión, por sincera y total que fuera, no es suficiente por sí sola. Debemos avanzar hacia la *reforma moral* concreta de nuestra existencia y hacia un cambio de mentalidad. En las *Memorias*, Don Bosco es claro:

Después de ese día tuve que ocuparme de mí mismo. La vida llevada hasta entonces tuvo que ser radicalmente reformada. En los años anteriores no había sido un criminal, sino que me había disipado, presumido, ocupado en juegos, saltos, juguetes y otras cosas similares que animaban momentáneamente, pero que no satisfacían al corazón. Para hacerme un nivel de vida estable que no debía olvidar, escribí las siguientes resoluciones [...] (MO 102).

En este punto se enumeran siete compromisos o propuestas relacionadas con aquellas actitudes que Don Bosco consideró irrenunciables para una efectiva totalidad de la consagración: (1) fuga de las oportunidades de dispersión, disipación y vanagloria; (2) “retiro” practicado y amado (entendido como recuerdo, espíritu interior, vida modesta, aislada y laboriosa); (3) templanza y sobriedad; (4) compromiso para adquirir una cultura religiosa, en oposición a la mundana como una manera de “servir” al Señor; (5) salvaguardar la virtud de la castidad “con toda fuerza”; (6) espíritu de oración; (7) ejercicio diario de comunicación pastoral para la edificación del prójimo (MO 102-103).

La conclusión del relato recuerda la Promesa de imprimir en el alma el propósito de servir a Dios que Francisco de Sales coloca en la parte superior del camino de purificación para sellar la opción de servir solo a Dios: “Para que [esas deliberaciones] debieran permanecer bien impresas, escribe Don Bosco - avancé hacia una imagen de la Santísima Virgen, las leí y, después de una oración, hice una *promesa formal* a esa Celestial Benefactora de observarlas a costa de cualquier sacrificio” (MO 103). De hecho, el santo saboyano configuró la conversión a la “vida devota”, a una experiencia cristiana radical, como una asunción personal y renovación “de la promesa de fidelidad hecha en mi nombre a Dios, con motivo del bautismo” (*Filotea*, parte I, capítulo XX).

2. Es fácil hacerse santos

En la antropología teológica de Don Bosco, el hombre es creado por Dios para la santidad y la comunión amorosa con él, una comunión que encontrará su plenitud en

la eternidad, pero que ya es posible en esta vida. Estaba convencido de que cada persona, incluso el niño más pobre y menos dotado, está llamada a la santidad y puede convertirse de manera realista en un santo. En la introducción de uno de los primeros volúmenes de las “Lecturas católicas”, *Vida de Santa Zita sierva y de San Isidro Labrador* (1853), Don Bosco escribe:

O todos vosotros, que trabajáis, que estáis agobiados por penas y dolores, si queréis encontrar una fuente insaciable de consuelos, si queréis volveros afortunados, ¡sed Santos! ¡Convertirse en un santo! diréis, ¿quién puede aspirar a ello? Deberíamos tener tiempo para entretenernos constantemente en las oraciones y en la iglesia: deberíamos ser ricos para poder hacer grandes limosinas: deberíamos ser letrados para entender, estudiar y razonar. Gran error, queridos amigos, esta es una ilusión peligrosa. Para hacernos santos, no es necesario ser dueños de nuestro tiempo, ni ser ricos o literatos. [...]

¿Cuántas cosas necesitamos para hacernos santos? Sólo una cosa: hay que quererlo. Sí, mientras lo quieras, puedes ser santo: no hace falta nada más, sino la voluntad. Los ejemplos de los santos, cuya vida vamos a poner ante vuestros ojos, son de personas que han vivido en condiciones precarias y entre las tribulaciones de una vida activa. Trabajadores, granjeros, artesanos, comerciantes, sirvientes, y jóvenes, se han santificado a sí mismos, cada uno en su propio estado. ¿Y cómo se han santificado? Haciendo bien, todo lo que tenían que hacer. Cumplieron todos sus deberes para con Dios, todos sufrieron por su amor, ofreciéndole sus sufrimientos, sus tribulaciones: esta es la gran ciencia de la salud eterna y la santidad (Santa Zita, 6-7).

Don Bosco proclama que todos pueden y deben hacerse santos, basta con quererlo; en cada estado de la vida esto es posible: basta con “hacer todo bien”, vivir como buenos cristianos en la caridad, llevar a cabo las enseñanzas evangélicas en la vida diaria, sostener y sufrir todo por el amor de Dios y ofrecérselo todo.

Esta afirmación de la llamada universal a la santidad y de la facilidad para realizarla impresionaron profundamente a Domingo Savio:

Habían transcurrido seis meses desde que Savio habitaba en el Oratorio cuando hubo una conferencia sobre la manera fácil de hacerse santo. El predicador se detuvo especialmente en desarrollar tres pensamientos que causaron una profunda impresión en el alma de Domingo, es decir: es voluntad de Dios que todos seamos santos; es muy fácil tener éxito; hay una gran recompensa preparada en el cielo para aquellos que llegan a ser santos. Ese sermón para Domingo fue como una chispa que inflamó todo su corazón en amor de Dios (Vidas, 61).

Las condiciones interiores particulares en las que se encuentra Domingo, quien unos meses antes había renovado su entrega al Señor, explican el profundo efecto que despertó esa predicación. No fue solo la reacción entusiasta a un hermoso discurso, sino que, como Don Bosco sugiere claramente, de una experiencia mística: “Ese sermón para Domingo fue como una chispa que inflamó todo el corazón en el amor de Dios.” El

diálogo que sigue nos lo confirma y las anécdotas que se aportan en el resto del capítulo muestran que no fue un entusiasmo pasajero o un voluntarismo motivado por los convincentes argumentos del predicador. Fue una irrupción del Espíritu en el alma de Domingo, un incendium amoris (para usar el hermoso título de *De triplici via* de San Buenaventura), un desbordamiento incontrolable de la caridad divina en un corazón purificado incondicionalmente disponible para las “obras de la gracia divina”. Por lo tanto, Domingo no solo sentía “deseo” y “quería”, sino que tenía “absolutamente necesidad” de convertirse en santo, no podía resistir esta poderosa atracción de la gracia. Ciertamente, fue la suya una experiencia única, pero es interesante observar cómo Don Bosco dirigió este deseo incontrolable que el niño no sabía manejar. A la pregunta “Dígame, por lo tanto, cómo debo regularme para comenzar tal empresa”, respondió el santo educador, refiriéndolo a la vida cotidiana:

Elogié el propósito, pero le exhorté a no preocuparse, porque la voz del Señor no se conoce en las emociones del alma; que, de hecho, quería ante todo una alegría constante y moderada: y aconsejándole que perseverara en el cumplimiento de sus deberes de piedad y estudio, le recomendé que siempre participara en la recreación con sus compañeros (Vidas, 62).

Es decir, incluso en esta situación espiritual tan especial y privilegiada, Don Bosco reitera lo que solía sugerir a todos: la santidad no es algo extraordinario y difícil; se construye en la vida diaria, viviendo como buenos cristianos, en el cumplimiento fiel y amoroso de los deberes de su estado, que, en el caso de Domingo, eran típicos de un joven estudiante del Oratorio: estudio, oración, obediencia, bondad para con todos, pureza, fraternidad y alegría entre los compañeros, espíritu de caridad y servicio. El mismo programa se presenta en la biografía de Miguel Magone y Francisco Besucco, en la que se resume una fórmula feliz: “Alegría, Estudio, Piedad. Este es el gran programa, que al practicar, puedes vivir feliz y hacer a tu alma mucho bien” (Vidas, 195).

3. Mortificación de los sentidos y ascetismo apostólico

A pesar de las apariencias, la propuesta de santidad “fácil” no es una reducción de la calidad para Don Bosco. De hecho:

- (1) supone, como punto de partida, la conversión del corazón y la totalidad del “entregarse a Dios”;
- (2) se caracteriza por una actitud voluntariosa y combativa;
- (3) requiere un autocontrol constante, a través del examen diario de conciencia y la práctica regular y frecuente del sacramento de la penitencia;
- (4) implica confiarse al “fiel amigo del alma”, el confesor-director espiritual.

Don Bosco propuso a los jóvenes el ascetismo como un camino a la santidad, en una perspectiva adaptada a su condición, corrigiendo las posibles desviaciones de una espiritualidad incomprendida y devolviéndolos continuamente a la concreción de la

vida cotidiana, que no solo debe aceptarse sino también abrazarse con alegría, según el estado de vida. Reanudó y aplicó la sensibilidad humanística y la enseñanza de San Francisco de Sales a la condición de los jóvenes. Por lo tanto, presentó una especie de mortificación “positiva”, de la cual se eliminó la intemperancia y la rigidez innecesaria, mientras seguía siendo exigente, ya que todo estaba centrado en las situaciones de la vida, en los deberes del estado.

Consideraba una amplia gama de deberes, todos aquellos relacionados con su condición: “deberes de piedad, respeto y obediencia a los padres y caridad hacia todos” (Vidas, 208). Como resultado, sugería a los jóvenes estudiantes no ayunar y la rigidez de su propia elección, sino “diligencia en el estudio, atención en la escuela, obedecer a los superiores, soportar los inconvenientes de la vida como calor, frío, viento, hambre, sed. “, Superando sus exigencias como” necesidades “externas de fuerza mayor y dándoles la bienvenida con serenidad” por el amor de Dios “(Vidas, 207). En el mismo nivel colocó los deberes que se derivan del precepto evangélico de la caridad: usar “mucha bondad y caridad” hacia los demás, aguantar sus faltas, “dar buenos avisos y consejos”; “Hacer recados para los compañeros, traerles agua, limpiarles sus zapatos, servir también en la mesa, [...] barrer en el refectorio, en el dormitorio, llevar la basura, traer bultos, troncos”. Todas estas cosas, según Don Bosco, han de hacerse “con alegría” y con “satisfacción”. De hecho, “la verdadera penitencia no consiste en hacer lo que nos agrada, sino en hacer lo que complace al Señor y que sirve para promover su gloria” (Vidas, 207-208). Por lo tanto, el valor espiritual de estas situaciones existenciales está garantizado por la intención con la que se aborda y por el propósito que se les asigna: “Lo que debes sufrir por necesidad, recuerda a Domingo Savio, se lo ofreces a Dios y se convierte en virtud y mérito para tu alma “(vidas, 75).

Don Bosco está de acuerdo con Santa Teresa de Lisieux en presentar la perfección como una forma de vivir la caridad, pero concretarla en el servicio a los demás, sin intereses egoístas, viviendo amigablemente, serena y fiel a sus compromisos, incluso entre la contradicción y el sufrimiento. La mortificación propuesta, pues, por Don Bosco, es ante todo un *instrumento ascético* dirigido al dominio de los impulsos instintivos, el control de los sentidos, la corrección de defectos y la construcción de las virtudes. Pero también tiene una connotación mística, de hecho, crece en proporción al grado de caridad interior: “Cuando el amor de Dios toma posesión de un corazón, nada en el mundo, ningún sufrimiento lo aflige, incluso todo castigo de la vida es reconfortante. De los tiernos corazones nace el pensamiento noble que sufre por un gran objeto, y que a los sufrimientos de la vida está reservada una recompensa gloriosa en la feliz eternidad” (Vidas, 206-207).

La perspectiva amorosa en la que Don Bosco propone la ascesis de los deberes está arraigada en ese “entregarse totalmente a Dios”, del cual hemos hablado, como una forma sustancial (bautismal) de la vida cristiana, con decisión e impulso. De este movimiento interno fluye necesariamente un amor alegre y ardiente, un fervor operativo intenso y sereno. Esta determinación absoluta de don, que hace que el cristiano entre en ese estado de plena obediencia a su Padre propuesta por Cristo, en la condición de un siervo libremente asumido por amor, ilumina el sentido y el valor de las acciones diarias con una nueva luz.

Ejemplar en este sentido es la experiencia de Miguel Magone: si antes abandonaba con dificultad la amada recreación para cumplir con sus deberes, sentidos como una carga (Vidas, 119), luego se le verá “correr el primero a aquellos lugares donde el deber lo llama”, con el deseo de regularse “constantemente bien [...] con aplicación y diligencia”.

Domingo Savio, fuertemente conmovido por la experiencia interior irreprimible desatada por el sermón sobre la santidad y presionado interiormente por la “necesidad” de ser todo del Señor”, se sintió llevado a “hacer penitencias rígidas, pasar largas horas en oración”. Don Bosco, en cambio, lo instó a mantener “una alegría constante y moderada”, “a ser perseverante en sus deberes de piedad y estudio”, “a participar siempre en la recreación con sus compañeros” (Vidas, 62-63). Al mismo tiempo, lo dirigió a la acción apostólica: “Lo primero que se le aconsejó para ser santo fue trabajar para ganar almas para Dios” (Vidas, 63).

Al igual que otros santos del siglo XIX, convencidos de que la acción de la gracia conduce a una vida fructífera de virtudes morales, de actividades santas y de obras de caridad, Don Bosco prefirió el compromiso volitivo en el bien, la actividad virtuosa y alegre, la relación amistosa y útil y, sobre todo, la caridad apostólica: “solicitud por el bien de las almas” y celo por “instruir a los niños en las verdades de la fe”, para “ganarle a Dios” toda la humanidad.

Sin embargo, esta tendencia ascética-operativa, esta predilección por el fervor pastoral y misionero en Don Bosco no se opuso en absoluto a la comunión interior con Dios; no descuidó la oración de unión, sino que se inclinó dócilmente a las atracciones del Espíritu Santo y en este clima de oración formó a sus discípulos.

4. Vivir en la presencia de Dios

Aquí se inserta el tema de la oración, entendido por Don Bosco como *una relación amorosa, comunión de pensamientos, afectos y sentimientos con Dios*. Afirmó: “Orar significa elevar el corazón a Dios y entretenerse con él a través de santos pensamientos y devotos sentimientos”. (El católico, 87). Por lo tanto, la oración que él promovió tenía como primer objetivo la elevación del espíritu y la invocación de la gracia para resistir a las tentaciones, separar el corazón del pecado, crecer en la virtud. En esta pista, desarrolló un método de oración que valoraba las prácticas comunes de piedad como una forma eficaz de alcanzar el “espíritu de oración” (como él lo llamó). Las oraciones matutinas y vespertinas, las frecuentes invocaciones o jaculatorias durante el día, las lecturas espirituales, las “visitas” diarias a la capilla, los triduos y las novenas, los retiros mensuales y los ejercicios espirituales: fueron todos ejercicios destinados a establecer y aumentar una conversación interna constante y un vínculo afectivo, para alimentar un sentido de adoración de la presencia de Dios para entrar en un “estado” de comunión permanente.

Aquí, también, nuestro Fundador insiste en la facilidad y la simplicidad, invitando a constelar el día con breves momentos de oración, desde el levantarse de la mañana hasta el final del día, para asegurar que cada acción, “diligentemente” realizada, fuera

“dirigida” y ofrecida al Señor (GP 68-70, 82). Recorriendo las páginas del *Joven Cristiano*, las vidas de sus jóvenes, pero también los reglamentos de los salesianos, de las hijas de María Auxiliadora y de los Cooperadores, no encontramos nada complicado y pesado, solo prácticas sobrias y agradables, pero subrayadas con fervor, desde la encomienda, desde la ofrenda amorosa de uno mismo: “Cosas fáciles, que no asustan y ni siquiera cansan a los fieles cristianos, máximas para la juventud. [...] Mantengamos en las cosas fáciles, pero que se realicen con perseverancia” (Vidas, 136).

Tomó en cuenta la sensibilidad juvenil y popular y las personas, por lo que confió en el afecto, en la amistad de Cristo, en la ternura materna de María. Estaba convencido de que correspondía al educador cristiano trabajar para “hacer que los jóvenes tomen gusto a la oración” (Vidas, 204). Por esta razón, los ejercitó al pensamiento de la “presencia de Dios”, el Padre más amoroso, instándolos a elevar de vez en cuando su corazón y su mente al Creador, animándolos a “conversar de manera familiar” con Él, en cualquier lugar, siguiendo el ejemplo de Domingo Savio, quien, “incluso en medio de la conmoción más resonante, recogía sus pensamientos y con afectos piadosos elevaba su corazón a Dios” (Vidas, 69). También educó las actitudes externas (la señal de la cruz, la genuflexión, la compostura del cuerpo durante la oración), quiso una pronunciación clara y tranquila de las palabras, le dio gran importancia a la música y al canto sagrado, cuidaba la belleza de los ambientes dedicados a la oración y la armonía y solemnidad de las liturgias.

A través de estos sencillos medios, Don Bosco se propuso, para sí mismo y para los demás, lograr un estado interior de amor permanente, capaz de impregnar pensamientos, unificar afectos y orientar las acciones. El “estado de oración”, en su forma de ver, no es solo un “grado” de oración, porque siempre está acompañado por una tensión a la perfección moral: desapego, esfuerzo por vencerse y control de uno mismo, paciencia, vigilancia, fidelidad y constancia en la bondad, benevolencia. Es un estado de ánimo recogido, en un estilo de vida modesto, concentrado en lo esencial, laborioso y caritativo, abierto a la acción interior de la gracia que preserva de la dispersión de los pensamientos y la banalidad de las modas, sin restar valor a la alegre vivacidad de la existencia. Esto crea una elevada dimensión interior, la única verdaderamente capaz de transformar el patio, la escuela, el taller o la oficina en lugares privilegiados salesianos de encuentro con el Señor.

De esta manera, el santo educador significó radicalmente el antiguo precepto de la *fuga mundi* en un contexto de modernidad. Gracias al espíritu de oración, la distancia del mundo y la inmersión en el mundo se componen y armonizan en la ofrenda de uno mismo, en una asunción responsable de lo vivido en estilo cristiano. Oración, fervor apostólico y mortificación son rostros de una sola actitud de consagración del corazón. Gran propuesta, hecha por Don Bosco a los discípulos y discípulas en la vida consagrada, a los Cooperadores adultos, pero también a los muchachos más simples, a los que exhortaba: “Ánimo, pues, comencemos desde ahora a trabajar para el Señor, debemos sufrir algo en este mundo, pero será eterno el premio que tendremos en el otro” (GP 73).

Además, su dirección espiritual le dio gran importancia a la práctica sacramental: “Creed, hijos míos, que los dos apoyos más fuertes para sostenerte y recorrer el camino

del cielo son los sacramentos de la confesión y la comunión” (Reglamento, 36). Don Bosco valoró los sacramentos desde una perspectiva pedagógica y espiritual. La insistencia en la frecuencia sacramental fue motivada por la conciencia de la fragilidad humana y la necesidad de apoyar la voluntad para estabilizarla en el bien y en la virtud; pero también por la convicción de la poderosa acción transformadora del Espíritu Santo que, al actuar en el Sacramento, opera la purificación radical y crea las condiciones favorables para que el Señor “tome posesión del corazón” y lo moldee en la caridad. Aquí encontramos la razón de su insistencia en la elección de un confesor estable, un amigo del alma, en quien uno pueda confiar para ser guiado en los caminos del Espíritu. En la relación confidencial, de hecho, el confesor personaliza el programa espiritual: enseña el arte del examen de conciencia, forma a la contrición perfecta, estimula el propósito eficaz, guía por los caminos de purificaciones y ejercicios virtuosos, introduce el gusto de la meditación y la práctica de la presencia de Dios, enseña los modos de una fructífera comunión con el Cristo eucarístico. Confesión y comunión frecuentes están íntimamente ligadas en la pedagogía espiritual de Don Bosco. Con la confesión asidua y regular, se promueve la vida “en gracia de Dios” y se nutre la tensión virtuosa, que permite un acercamiento cada vez más “digno” a la comunión; al mismo tiempo, a través de la comunión eucarística, la persona se polariza en Cristo para que la gracia encuentre espacio para trabajar en profundidad, transformar y santificar.

Esta preocupación explica el clima afectivo en el que Don Bosco propuso la devoción eucarística. Por ejemplo, durante el ofertorio de la misa, invitaba a los jóvenes a corresponder el amor abnegado de Cristo crucificado con el don de sí mismo: “Te ofrezco mi corazón, mi lengua, para que en el futuro nada desee ni hable de otra cosa si no de lo que concierne a tu santo servicio “(GP 88). Así también en la acción de gracias a la comunión:

¡Ah, que pudiese tener el corazón de los serafines del cielo, para que mi alma pueda siempre arder de amor por mi Dios! [...] Protesto que en el futuro siempre serás mi esperanza, mi consuelo, solo tú mi riqueza. [...] te ofrezco todo de mí mismo; te ofrezco esta voluntad, para que no desee otras cosas sino aquellas que te agradan; te ofrezco mis manos, mis pies, mis ojos, mi lengua, mi boca, mi mente, mi corazón, te lo ofrezco todo, guardad todos estos sentimientos, para que cada pensamiento, cada acción no tenga otro objetivo si no aquellas cosas que son para tu mayor gloria y de ventaja espiritual de mi alma (GP 101-102).

Son textos inspirados en la literatura devocional de la época, pero si nos conectamos con los esfuerzos formativos realizados por Don Bosco, en particular con el modelo específico de santidad promovido por él, adquieren un valor único, porque revelan los mecanismos internos desencadenados por el santo educador para la implicación interior de sus jóvenes en orden a la relación con Dios y la perfección cristiana.

Incluso la piedad mariana en él adquiere una clara función pedagógica, al tiempo que mantiene las características típicas de la devoción del siglo XIX. Podemos ver esto en el perfil biográfico de Miguel Magone, donde la devoción a María Santísima culmina, como dice el P. Caviglia, en una “pedagogía de la adolescencia, que es por lo tanto y sobre todo la pedagogía de la castidad” (Caviglia, 162).

Pero no es solo esto. De hecho, Don Bosco relata que Miguel, al meditar un versículo bíblico impreso en una imagen de María - *Venite, filii, audite, timorem Domini docebo vos* - se sintió obligado a escribir una carta al director “en la que dijo cómo la Santísima Virgen había hecho oír su voz, lo llamó a ser bueno y ella misma quería enseñarle a temer a Dios, a amarlo y servirlo” (Vidas, 133). Es decir: una correcta pedagogía mariana es capaz de hacer percibir el atractivo interior del Espíritu incluso a un niño distraído y disipado, inducirlo a una actividad espiritual más intensa y encender en él un deseo de alta perfección. En la vida de Domingo Savio, la tensión espiritual alcanza la cumbre con el acto formal y solemne del 8 de diciembre de 1854, cuando el niño renueva las promesas de la primera comunión y repite: “María, te doy mi corazón; ¡haz que sea siempre tuyo! ¡Jesús y María, sed siempre mis amigos! Pero por piedad, dejadme morir, antes que me suceda la desgracia de cometer un solo pecado” Habiendo tomado a María por el apoyo de su devoción, comentó Don Bosco, la moral de su conducta parecía tan edificante y unida a tales actos de virtud, que comencé a anotarlos desde entonces para no olvidarlos” (Vidas, 57). Estas expresiones nos revelan el significado dinámico de la devoción mariana enseñada por Don Bosco: una devoción no separada de lo cotidiano, sino compenetrada con ella, capaz de administrar energías morales y espirituales para la práctica del bien, en una perspectiva de plenitud humana y espiritual. De la santidad, en efecto, que impregna la vida interior y la vida operativa.

Conclusión

Me he centrado en los núcleos dinámicos de la propuesta de vida y santidad cristiana presentados por Don Bosco a los jóvenes. Sin embargo, es importante notar que los mismos dinamismos caracterizan las enseñanzas espirituales de nuestro Fundador cuando se dirige a los consagrados y consagradas, y a los laicos Cooperadores, resaltando siempre el radicalismo cristiano y la tensión apostólica.

Por ejemplo, el formulario de la profesión religiosa, insertada en la edición italiana de las primeras constituciones salesianas (1875), se presenta mediante una declaración que ilustra claramente la totalidad bautismal de la consagración salesiana tal como Don Bosco la entendía: Al profesar las constituciones salesianas, pretendo prometer a Dios *aspirar a la santificación del alma* renunciando a los placeres y las vanidades del mundo, a escapar de cualquier pecado percibido y a vivir en perfecta castidad, humilde obediencia y pobreza de espíritu. También sé que al profesar estas constituciones debo renunciar a todas las comodidades y todas las comodidades de la vida, y esto solo por amor a Nuestro Señor Jesucristo, a quien pretendo consagrar cada una de mis palabras, cada obra mía, cada pensamiento de mi vida (Reglas, 44-45).

Don Bosco escribió en la primera carta circular a los salesianos (9 de junio de 1867): “Todos tienen que ingresar en la Sociedad guiados sólo por el deseo de servir a Dios con mayor perfección y de hacer el bien a sí mismo, se entiende el verdadero bien espiritual y eterno. [...] Nos basamos en las palabras del Salvador que dice: *Quien quiera ser mi discípulo, venda lo que tiene en el mundo, déselo a los pobres y sígame*. ¿Pero a dónde ir, a dónde seguirlo, si no tenía un palmo donde reposar su cansada cabeza? Quien quiera convertirse en mi discípulo, dice el Salvador, sígame con la oración, con

la penitencia y, sobre todo, niéguese a sí mismo, tome la cruz de las tribulaciones diarias y sígame [...]. Pero ¿hasta cuándo puedes seguirlo? Hasta la muerte y si se tratara de oficios, incluso a una muerte de cruz. Esto es lo que en nuestra Sociedad hace que uno que gasta su fuerza en el ministerio sagrado, en la enseñanza u otro ejercicio sacerdotal, hasta una muerte violenta de prisión, exilio, hierro, agua, fuego; mientras después de haber sufrido o muerto con Jesucristo en la tierra, pueda ir y disfrutar con él en el cielo” (*Fuentes salesianas* 1, 822).

Incluso cuando se dirige a los laicos, Don Bosco presenta la perfección cristiana como una conformación radical con Cristo. Nadie, de hecho, escribió en 1856, “puede presumir de pertenecer a Jesucristo si no trata de imitarlo”. Por lo tanto, en su vida y en sus acciones debe reflejar “la vida y las acciones de Jesucristo mismo”: “debe orar, como oró a Jesús”; como Él debe ser “accesible [...] a los pobres, a los ignorantes, a los niños”, haciéndose todo para todos.

“Debe tratar con su prójimo, como trataba Jesucristo”; “Debe ser humilde” como él y considerarse a sí mismo “como el menor de los demás y como un servidor de todos”. “El cristiano debe obedecer como Jesucristo obedeció, quien se sometió a María y a San José, y obedeció a su Padre celestial hasta la muerte y una muerte en cruz”. “El verdadero cristiano al comer y beber debe ser como Jesucristo en las bodas de Caná en Galilea y Betania, es decir, sobrio, moderado, atento a las necesidades de los demás”.

“Un buen cristiano debe estar con sus amigos como lo estuvo Jesucristo con San Juan y San Lázaro. Él debe amarlos en el Señor y por el amor de Dios; confiarles cordialmente los secretos de su corazón; y si caen en el mal, él pone en práctica toda su solicitud para hacer que regresen al estado de gracia.

El verdadero cristiano debe sufrir con resignación las privaciones y la pobreza, como sufrió Jesucristo, que ni siquiera tenía un lugar para apoyar su cabeza. Él sabe cómo tolerar las contradicciones y las calumnias, como Jesús toleró a los escribas y fariseos, dejando a Dios el cuidado de justificarlo. Él sabe cómo tolerar los insultos y ultrajes, como lo hizo Jesucristo cuando le dieron una bofetada, le escupieron en la cara y le insultaron de mil maneras en el pretorio.

El verdadero cristiano debe estar preparado para tolerar los dolores del espíritu, ya que Jesucristo fue traicionado por uno de sus discípulos, negado por otro y abandonado por todos. El buen cristiano debe estar dispuesto a aceptar con paciencia cada persecución, cada enfermedad e incluso la muerte, como lo hizo Jesucristo, quien con su cabeza coronada de espinas punzantes, con un cuerpo lacerado para las palizas, con los pies y las manos atravesadas por clavos, descansó su alma en paz en las manos de su Padre.

De tal manera que el verdadero cristiano debe decir con el apóstol San Pablo: No soy yo quien vive, sino Jesucristo quien vive en mí (*Llave del paraíso*, 20-23). Santidad fácil, por lo tanto, santidad vivida en la vida cotidiana, con amor y una sonrisa en los labios. Pero sin duda una santidad exigente y fructífera.

Bibliografía

- El católico = GIOVANNI BOSCO, El joven cristiano proporcionó las prácticas de piedad con instrucciones similares según las necesidades de los tiempos, Turín, Tip. del Oratorio de S. Franc. de Sales, 1868.
- Caviglia = ALBERTO CAVIGLIA, «Magone Miguel»: una experiencia educativa clásica, en obras y escritos publicados y no publicados por Don Bosco, nuevamente publicados y revisados de acuerdo con las ediciones originales y manuscritos sobrevivientes, por la Pía Sociedad Salesiana, vol. 5, Turín, S. E. I. 1965, 129-247.
- Llave del paraíso = JUAN BOSCO, La llave del paraíso en manos del católico que practica los deberes de un buen cristiano, Turín, Tip. Paravia y Comp., 1856.
- Filotea = FRANCISCO DE SALES, Filotea. Introducción a la vida devota. Introducción de Valentín Viguera; traducción y notas de Ruggero Balboni, Roma, Città Nuova, 2009.
- Fuentes salesianas 1 = INSTITUTO HISTÓRICO SALESIANO, Fuentes salesianas 1. Don Bosco y su obra, Roma, LAS, 2014.
- GP = JUAN BOSCO, El joven cristiano en la práctica de sus deberes..., Turín, Tipografía Paravia y Comp., 1847.
- MO = JUAN BOSCO, Memorias del Oratorio de S. Francesco di Sales de 1815 a 1855. Ensayo introductorio y notas históricas de Aldo Giraudo, Roma, LAS, 2011.
- Reglamento = JUAN BOSCO, Reglamento del Oratorio de San Francisco de Sales para los externos. Turín, tipografía del Oratorio de San Francisco de Sales, 1877.
- Reglas = JUAN BOSCO, Reglas o constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales de acuerdo con el Decreto de aprobación del 3 de abril de 1874, Turín, Tipografía Salesiana, 1875.
- Santa Zita = Vida de Santa Zita sierva y de san Isidro Labrador, Turín, Tipografía P. De-Agostini, 1853.
- Vidas = JUAN BOSCO, Vidas de los jóvenes. Las biografías de Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco. Ensayo introductorio y notas históricas de Aldo Giraudo, Roma, LAS, 2012.

► Pastoral juvenil

*Los pobres, protagonistas en el camino de la Iglesia*¹³

*Jesús Andrés Vicente Domingo*¹⁴

El papa Francisco fue elegido un 13 de marzo de 2013. Tres días después, en un discurso de saludo y reconocimiento ante los periodistas acreditados para el cónclave, nos dejó ya su hoja de ruta, con una convicción y unos deseos. La convicción: “Cristo es el Pastor de la Iglesia, pero su presencia en la historia pasa a través de la libertad de los hombres: uno de ellos es elegido para servir como su Vicario, Sucesor del apóstol **Pedro**; pero Cristo es el centro, no el Sucesor de Pedro: Cristo. Cristo es el centro. Cristo es la referencia fundamental, el corazón de la Iglesia”. Y los deseos: “**Francisco de Asís** es para mí el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación; en este momento, también nosotros mantenemos con la creación una relación no tan buena, ¿no? Es el hombre que nos da este espíritu de paz, el hombre pobre... ¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!”. Así interpretaba **Bergoglio** su reciente elección. Y con esos dos pies se lanzó a caminar y, tras él –¿a distancia?– la Iglesia. Un pie firme en Jesucristo, apoyo seguro y referencia para toda reforma. Y el otro pie arriesgado y valiente: el deseo de una Iglesia más pobre y evangélica, cuidadosa de la paz, de la creación y de los pobres. Estos deseos no transmitían una ensoñación personal, una manía suya, sino los deseos del mismo Cristo.

Transcurridos cinco años, estos deseos de Francisco se han ido materializando y tomando forma. Ante todo, en su propio estilo de vida, en sus opciones personales manifestadas en gestos, decisiones, obras y palabras. Por eso, a nadie extrañó cuando convocó el 19 de noviembre de 2017 la I Jornada Mundial de los Pobres. Vamos camino de la segunda y no faltan quienes, con mala o buena intención, se preguntan: “¿Otra Jornada más en la Iglesia? Pero no se trata de una más, con una finalidad particular o sectorial, sino de una prioridad transversal, que brota del corazón mismo del Evangelio.

¿QUIÉNES SON LOS PROTAGONISTAS EN LA IGLESIA?

Hay que reconocer que, en nuestras iglesias, los protagonistas son, ante todo, *los cristianos de casa*, los ya convocados. A ellos se dirigen la mayoría de los mensajes y de

¹³ Pliego publicado en la Revista “Vida Nueva”, núm. 3.106. 17-23 de noviembre de 2018.

¹⁴ Párroco de El Salvador del Capiscol. Burgos. Consiliario diocesano de Acción Católica.

las atenciones pastorales de los ministros y los agentes. Es verdad que se repite con insistencia que el espacio de la Iglesia no puede limitarse a ellos, sino que ha de abrirse a los alejados, a los que aún no están en el rebaño del Buen Pastor y no gozan de sus cuidados preferentes. Pero también es cierto que, para que se dé *una Iglesia en salida*, antes tiene que haber *una Iglesia reunida*.

En nuestras comunidades vamos logrando quizás una Iglesia *para* los pobres (lo que no es poco), pero aún nos falta una Iglesia *de* los pobres. Estos, en general, son más “beneficiarios” de la atención de la Iglesia que “protagonistas” de la misma. Sin embargo, no sería conveniente englobarlos, sin más matices, en la masa de “los alejados” a los que hay que atraer y evangelizar para que lleguen a ser miembros de pleno derecho. Los pobres, como nos lo recuerda el Santo Padre, gozan de la predilección divina y su alejamiento de la vida eclesial pone de manifiesto una carencia grave, no solo cuantitativa sino cualitativa, un déficit de fidelidad al plan del Dios.

Pero, antes de seguir desarrollando el argumento de este *Pliego*, conviene preguntarnos una vez más: ¿a quiénes nos referimos cuando hablamos de “los pobres”?

¿QUIÉNES SON LOS POBRES A EVANGELIZAR?

Respondiendo de forma esquemática, nos referimos a aquellos individuos, grupos o colectivos que reúnen estas dos realidades:

1. **Se encuentran en una situación humana desfavorecida**, por debajo de las condiciones sociales mínimas; y, por ello, sufren física y moralmente. Por lo general, esta situación es contraria a su voluntad y a su responsabilidad, y viene producida por el abuso de los poderosos.
2. **No participan habitualmente en la vida de la comunidad cristiana**. Muchos de ellos están incluso resentidos y decepcionados con la Iglesia, y mantienen una actitud crítica y distante frente a ella.

A menudo, estas dos realidades están relacionadas entre sí. A pesar de los diversos intentos de acercamiento por parte de la Iglesia, los pobres no se hallan a gusto en nuestras asambleas ni entienden nuestras actividades ni nuestro lenguaje. No es solo cuestión de un desfase educativo, cultural o moral respecto a los cristianos habituales de nuestras parroquias y comunidades, sino de un desajuste profundo: sus valores espirituales no son reconocidos por nuestros cristianos y nuestras cualidades a ellos les parecen inalcanzables.

Para concretar, y a modo de ejemplo, señalemos algunos colectivos pobres que se dan entre nosotros:

- Extranjeros, inmigrantes, personas desarraigadas.
- Familias desestructuradas.

- Personas con alguna “adicción”.
- Personas de mala fama social, etnias marginales.
- Discapacitados físicos y psíquicos faltos de atención.
- Presos y delincuentes. Población de riesgo de conductas antisociales.
- Parados de larga duración; jóvenes “ni-ni”...
- Niños y jóvenes con deficiencias educativas.
- Poblaciones marginales, suburbios, viviendas indignas.

Por lo mismo, no consideramos “pobres” a aquellas personas de pocos recursos económicos, pero que llevan una vida modesta y equilibrada, y llegan a aportar su dinero y sus cualidades a los demás; tampoco, a aquellas que sufren desgracias personales, físicas o morales, que son capaces de superar.

Por fortuna, muchas de ellas están en el centro de nuestra Iglesia, en las parroquias y comunidades. No son solo protagonistas de las mismas, sino su máspreciado tesoro.

¿QUÉ HACEMOS CON LOS POBRES?

No se puede negar que la Iglesia católica (y también muchas de nuestras Iglesias hermanas) ha avanzado en estas últimas décadas en su consideración hacia los pobres. Se ha ido dejando atrás una visión ideológica, de trinchera, para dar paso a una visión más evangélica y eclesial.

La causa de los pobres ya no es bandera exclusiva de unos militantes radicales o de una escuela teológica. El vacío de los pobres en nuestras comunidades pone en cuestión al conjunto de nuestra Iglesia, y no es el caso de culpabilizarse los unos a los otros. Ni de confiarlo a “especialistas”; sean estos los misioneros, las congregaciones dedicadas a los más necesitados o unos grupos de laicos organizados y comprometidos.

El tema de los pobres ha salido sin complejos a la plaza pública eclesial. Sin embargo, persiste una tendencia dominante que ni siquiera la influencia del papa Francisco ha conseguido reconducir. La enseñanza y la acción pastoral habitual de la Iglesia no terminan en la evangelización de los pobres, sino en suscitar la generosidad, el compromiso y la conversión de los cristianos. Es a ellos a quienes se les pide una apertura de mente y de corazón, se les invita a la compasión con los que sufren, se les ofrece una formación bíblica y espiritual que tiene por objeto central la persona del pobre. Con ellos se cuenta para acciones solidarias, personales o colectivas; se les invita a colaborar económicamente en distintas jornadas o con diferentes ONG, a participar en acciones reivindicativas; entre ellos se difunde la Doctrina Social de la Iglesia... Ciertamente, los pobres son ocasión para que los cristianos se conviertan al Dios que los defiende y reivindica. En este sentido, se repite la conocida frase: “Los pobres me

han evangelizado”. Pero, si la invertimos, nos podemos preguntar: ¿los pobres son evangelizados? ¿Qué hacemos para que se hagan discípulos de Jesucristo?

UNA PASTORAL FRAGMENTADA

Reconozcámoslo: nos cuesta llegar hasta el final. Nos falta claridad y decisión. La mentalidad secularista se nos ha introducido más de lo que pensamos y nos hace andar con pies de plomo en este terreno tan delicado. ¿Mezclar la acción sociocaritativa con las prácticas religiosas?... ¡Paternalismo, falta de respeto al pobre, proselitismo...! Enseguida se nos disparan las alarmas. En consecuencia, y por si acaso, echamos el freno y nos quedamos a medio camino. O bien, distribuimos las tareas en compartimentos estanco: aquí se hace labor social y allí se catequiza. Distintos servicios, distintos despachos y negociados..., y el que quiera que busque y llame libremente a la puerta adecuada. Los mismos pobres parecen haber comprendido la estrategia: a un sitio vienen a pedir y a otro van a rezar (a menudo, a iglesias y confesiones religiosas diferentes).

Así se resuelve el problema ante nuestra conciencia y ante la opinión pública... ¿Seguro? Advertimos, al menos, dos graves inconvenientes. Por un lado, esta práctica burocrática no tiene en cuenta la unidad de la persona en todas sus dimensiones: cuerpo, alma y espíritu. Por otro, es ajena a la práctica de **Jesús** en el evangelio.

LA EVANGELIZACIÓN DE LOS POBRES ES LA PRIORIDAD DE JESÚS

En el grupo de Jesús, los pobres son acogidos, curados, liberados, dignificados, reconciliados... *¡y se les anuncia la Buena Noticia!* El Evangelio les está destinado en especial.

- Son los preferidos de un Dios que es Amor... *¡y lo tienen que saber!*
- Son los constructores de una nueva humanidad alternativa, fraterna y sin barreras... *¡y han de participar!*
- Son los bienaventurados, los pioneros del Reino de Dios... *¡y tienen que ir por delante!*

Desde los pastores de Belén – vecinos del Niño– hasta el buen ladrón –vecino del Crucificado–, son muchos los personajes intermedios que se mezclan en la vida del Salvador: los distintos ciegos, los publicanos y las prostitutas, los samaritanos, los niños, los leprosos y paralíticos, los enfermos de toda especie... Cada cual encuentra en Jesús respuesta, alivio y fe. Se abren a la esperanza y alaban a Dios que ha visitado a su pueblo.

El objetivo último de Jesús no es la promoción humana, sino hacer discípulos de todos los pueblos. Y así, muchos de estos pobres pasan de ser “pedigüeños” y marginados a hacerse seguidores del Maestro de Nazaret. Este reconocerá agradecido ante el Padre que son precisamente ellos, los pobres y sencillos, los proscritos sociales y religiosos, quienes acogen el Evangelio con más facilidad. Tal es su beneplácito: en ellos se muestra a las claras la eficacia transformadora de la predicación y la actividad del Mesías.

Las curaciones corporales y espirituales, las multiplicaciones de panes y peces, las denuncias de las injusticias de los ricos y poderosos, y la defensa de los pobres tienen un doble sentido en el evangelio. Por parte de Jesús y de sus discípulos, ponen de manifiesto la presencia actual del Reino de Dios y la caridad pastoral de sus enviados. Por parte de los destinatarios y los oyentes, son acciones que predisponen a acoger el don de la fe en sus múltiples manifestaciones. El pan material es preludio del Pan de Vida que nos da el Hijo.

Es verdad que no todos, ni siquiera la mayor parte de los beneficiados por la acción humanizadora del Señor, darán el paso a la fe. Mas no por ello cambia de táctica ni rebaja sus pretensiones. “Para eso he venido”, responderá a cuantos intentan disuadirle o modificarle ligeramente el rumbo.

LA EVANGELIZACIÓN DE LOS POBRES ES LA PRIORIDAD DE LA IGLESIA (LG 8,3)

Constituye la prueba más fehaciente de la identidad y la misión de la Iglesia del Señor. Cuando los pobres de este mundo reciben el Evangelio, este se hace verdadero y creíble. Toma cuerpo en la historia de los pueblos y configura la vida social. Los pastores de la Iglesia lo pueden predicar valientemente y sin rodeos; los maestros de la fe lo pueden enseñar y justificar con sus teologías. Sus enseñanzas no serán teóricas, estarán avaladas por la experiencia. Si la fe es capaz de cambiar nuestras vidas, si tiene una incidencia histórica y no es un juego de palabras vacías, esto se demuestra ante todo en “los que nada pueden, nada valen y nada saben”... en los pobres y desheredados de la tierra que, en Jesucristo, se hacen capaces de enriquecernos con su pobreza.

Una Iglesia que abre sus tesoros espirituales a los pobres es la Iglesia humilde y servidora del Señor Jesús, que se atreve a repetir: “No tengo ni oro ni plata, pero en nombre de Jesucristo levántate y anda...”. Será una Iglesia que no se busque a sí misma ni trabaje por su éxito social, sino por el avance del Reino de Dios según el espíritu de las Bienaventuranzas.

El papa Francisco nos lo recuerda una vez más con ocasión de la II Jornada Mundial de los Pobres: “Son innumerables las iniciativas que diariamente emprende la comunidad cristiana como signo de cercanía y de alivio de tantas formas de pobreza que están ante nuestros ojos... pero no descuidemos lo que nos es propio, a saber, llevar a todos hacia Dios y hacia la santidad”.

La evangelización de los pobres es una tarea universal y permanente que ha escrito bellas páginas en la historia de la Iglesia por mano de misioneros, de religiosos y religiosas que les han dedicado su vida, de fundaciones educativas y catequéticas que han hecho crecer a las personas por entero, en el respeto a su identidad. Así, se han evangelizado las selvas recónditas, los pueblos rurales más lejanos y las barriadas urbanas marginales; se ha impregnado de Evangelio las relaciones laborales y económicas, redimiéndolas de la explotación; se ha dado un sentido cristiano a la minusvalía, a la enfermedad y a la muerte... Pero hemos de continuar hoy la obra en esta sociedad secularizada, plural y, en muchos casos, refractaria al Evangelio.

¿CÓMO PODEMOS EVANGELIZAR HOY A LOS POBRES?

El papa Francisco afirmaba al inicio de su pontificado que “Cristo es el centro, no el Sucesor de Pedro”. Análogamente, podemos nosotros afirmar que, en la comunidad eclesial, “Cristo es el centro, no los cristianos”. Evangelizar es, en todo caso, llevar a las personas hasta el encuentro con Jesucristo, no con nosotros (con nuestra mentalidad, usos y costumbres). Nosotros somos mediación e instrumento y, como tal, nuestra acción ha de ser provisional y relativa. En el citado mensaje papal para esta II Jornada Mundial de los Pobres, se nos recuerda: “En relación con los pobres, no se trata de jugar a ver quién tiene el primado en el intervenir, sino que con humildad podamos reconocer que el Espíritu suscita gestos que son un signo de la respuesta y de la cercanía de Dios.

Cuando encontramos el modo de acercarnos a los pobres, sabemos que el primado le corresponde a Él, que ha abierto nuestros ojos y nuestro corazón a la conversión. Lo que necesitan los pobres no es [nuestro] protagonismo, sino ese amor que sabe ocultarse y olvidar el bien realizado. Los verdaderos protagonistas son el Señor y los pobres. Quien se pone al servicio es instrumento en las manos de Dios para que se reconozca su presencia y su salvación”.

Si la evangelización es una, los caminos hacia el Señor son múltiples y han de tener en cuenta las circunstancias y la historia de las personas y los colectivos. El mundo de los pobres ya no es homogéneo en nuestra sociedad multicultural, lo cual no impide que señalemos algunas constantes que son comunes a la hora de plantearnos su evangelización.

1. Hacernos pobres para evangelizar a los pobres

Siguiendo el dinamismo de la encarnación, Jesús se hizo uno de los nuestros; más aún, “descendió” a los últimos lugares de la vida social (Belén, Nazaret, vida pública itinerante... hasta la muerte en cruz). Asumió una vida de pobreza similar a la de los pobres de la tierra, aunque diversa en su configuración y sus motivaciones últimas:

- Una pobreza libre y voluntaria, para manifestar que el verdadero Tesoro es el Reino de Dios.

- Una condición social humilde, la de un trabajador manual, capaz de ganarse la vida y ayudar en algo a los demás. Es el Siervo de Dios, pero no un miserable menesteroso.
- Un hombre célibe, sin responsabilidades familiares, para crear una familia de discípulos, abierta a hombres y mujeres.
- El inocente que carga con los sufrimientos de los demás y lo hace por amor, sin masoquismo.
- Alguien que por su solidaridad con los pobres será señalado y perseguido. Desde ahí, proclamará las Bienaventuranzas que él mismo vivió.

Haciéndonos pobres de cuerpo y de espíritu, a semejanza de Jesucristo, nos ponemos al nivel de los pobres de la tierra para evangelizarles en condiciones de cercanía y de igualdad. Con su lenguaje y su mentalidad, con sus aspiraciones y sus luchas. Solo en actitud de reciprocidad y compartiendo mutuamente nuestras experiencias vitales se puede anunciar el Evangelio a aquellos que ya son sus acreedores por voluntad del Padre.

2. Protagonismo de los pobres en su propia evangelización

“Los pobres –reconoce el Papa en su mensaje– son los primeros capacitados para reconocer la presencia de Dios y dar testimonio de su proximidad en sus vidas. Dios permanece fiel a su promesa, e incluso en la oscuridad de la noche no deja que falte el calor de su amor y de su consolación. Sin embargo, para superar la opresiva condición de pobreza es necesario que ellos perciban la presencia de los hermanos y hermanas que se preocupan por ellos y que, abriendo la puerta de su corazón y de su vida, los hacen sentir familiares y amigos. Sólo de esta manera podremos ‘reconocer la fuerza salvífica de sus vidas’ y ‘ponerlos en el centro del camino de la Iglesia’” (*Evangelii gaudium*, 198)”.

En este denso párrafo se encuentra la manera específica de evangelizar a los pobres en la Iglesia católica, que se inspira en la Palabra de Dios y en sus propias tradiciones. Basta con tirar del hilo:

- **Dios ya está presente en sus vidas**, quizás oculto entre las sombras, brindándoles su amor preferente y compasivo, reconociendo su dignidad de personas, de hijos suyos en Cristo y hermanos de todos los hombres sin distinción. Y la evangelización consiste, precisamente, en llevarles al reconocimiento gozoso de esta realidad, para que, dando testimonio, se conviertan en **miembros de la Iglesia y evangelizadores de los demás**. Así sucedía con muchos de los pobres que se encontraban con Jesús en distintos pasajes de los evangelios. ¿Quiénes mejor que los mismos pobres para evangelizar a los pobres?
- **Ellos son los sujetos de su propia evangelización**. Aunque los pobres, en

general, no puedan demostrar conocimientos religiosos ni una moralidad en regla, sí tienen experiencias intensas y profundas, muchas veces marcadas por el sufrimiento. Su fe se confunde con sus gritos. La vida les ha ido moldeando para acercarse con facilidad al Cristo pobre, crucificado y entregado. Pero, paradójicamente, solos no llegarán a descubrirlo. Necesitan ser acompañados por unos cristianos que les ofrezcan gratuitamente su testimonio de amor solidario y eficaz, junto con unas palabras de fe y unas iniciativas pastorales adaptadas a su nivel. Cristianos capaces de “reconocer la fuerza salvífica de sus vidas”, que para tantos pasa desapercibida. Cristianos que lleven hacia Jesucristo y no hacia ellos mismos, compartiendo la fe en igualdad fraterna, sin superioridad. Sabemos que la asistencia social es humillante si no se hace con un profundo respeto y valoración de la persona que la recibe. Mucho más, si lo que compartimos es el don de la fe, que nadie ha merecido y adquirido por su cuenta.

3. “Ponerlos en el centro del camino de la Iglesia”

Cuando hablamos de la Iglesia convocada por el Señor y reunida en su nombre, las palabras “protagonismo”, “protagonistas” que hemos utilizado hasta aquí resultan inadecuadas. Preferimos otras palabras bíblicas como “camino” o “mesa”.

La Iglesia como Pueblo de Dios en “**camino**” nos recuerda al grupo itinerante de los discípulos del Nazareno. Los primeros fueron viniendo a Jesús elegidos y atraídos por el Padre, sin otros criterios de selección sociológicos o morales. Los pobres se les fueron incorporando sobre la marcha. Pero, al contrario de lo que pretendían algunos, el grupo de Jesús hubo de acomodar el ritmo de esta marcha al paso lento y cansino de los pobres de la tierra. “Poner a los pobres en el centro del camino de la Iglesia” puede ser una idea hermosa del papa Francisco, pero su ejecución pone a prueba a nuestras comunidades. ¿Están paradas, aunque crean que se mueven? ¿O quizá van demasiado aceleradas, al ritmo de los más rápidos y potentes? ¿Se dejan seducir por la eficacia del dinero y de las obras sociales, que dan prestigio humano pero marginan a los pobres? ¡Cuánto sufrieron por esta tentación de la Iglesia algunos santos y fundadores como el propio san Francisco de Asís, san **Vicente de Paúl**, el beato **Antonio Chevrier**, san **Pío de Pietrelcina** o santa **Teresa de Calcuta**! El mismo san **Pablo** tuvo que recomendar encarecidamente a los cristianos de Corinto que, a la hora de celebrar la Eucaristía, debían “esperarse los unos a los otros”. O sea, los más fuertes y desocupados habían de aguardar a los más frágiles y cansados. Y no era solo cuestión de horario.

La Iglesia en camino planta el tabernáculo de la “**mesa**” eucarística en medio de su andadura. La “**mesa compartida**”, como gustaba llamarla el recordado **Marcelino Legido**, poco tiene que ver con la imagen de estabilidad y seguridad atemporales que dan nuestros templos mayores. La mesa de Jesús es el memorial de su vida entregada hasta el final por vosotros (los de cerca) y por muchos (los de lejos). Esta mesa es parábola y signo de la Iglesia, y estructura de la comunidad que en torno a ella se asienta. Ante el rechazo de “los sabios y entendidos” y de “los ricos de este mundo”, los pobres se han convertido en los invitados preferentes; sin su presencia, la mesa del

banquete estará incompleta y este deberá aguardar. Los pobres invitados son convocados y “servidos” con todo cuidado por los “criados/ servidores” del Señor (los discípulos y los apóstoles), que aún no se sentarán a la mesa hasta que los últimos sean los primeros. Pero Legido recalca que en la Iglesia los mismos pobres han de pasar enseguida de “servidos” a ser “servidores” de otros más pobres que aún faltan por llegar, para que también ellos encuentren su sitio en la mesa común. Tienen que asumir un papel activo en la sociedad y en la Iglesia. De tal suerte, esta se construye como familia del Señor y como fraternidad en medio del mundo, con un dinamismo y una movilidad permanentes. Nadie se acomoda ni ostenta una dignidad vitalicia (¡hasta un papa puede dimitir!). A todos nos toca sentarnos o levantarnos para servir a la mesa según ministerios, carismas, momentos o circunstancias. Los pobres nos espolean para que la Iglesia no se fosilice ni “mundanice”. O, como repite el papa Bergoglio, para que no se haga “autorreferencial”.

ALGUNAS EXPERIENCIAS PRÁCTICAS

El mensaje de esta II Jornada Mundial de los Pobres recoge unas experiencias concretas que tuvieron lugar en la primera convocatoria. “Quisiera que también este año, y en el futuro, esta *Jornada* se celebrara bajo el signo de la alegría de redescubrir el valor de estar juntos. Orar juntos en comunidad y compartir la comida del domingo. Una experiencia que nos devuelve a la primera comunidad cristiana...”.

Esta iniciativa puede parecer pueril y hasta ridícula, vista con los ojos fríos y analíticos de “los sabios” de este mundo. Pero el Papa nos quiere decir muchas cosas de fuerte sabor cristiano:

- Hemos de **comenzar con hechos y no con palabras**. Y, normalmente, todos los comienzos suelen ser simples y elementales. Lo que importa es que sean sinceros; que tengan un valor simbólico, para que calen hondo; que puedan desarrollarse en el futuro, es decir, que no sean “eventos puntuales” sin continuidad. Si pensamos en grandes proyectos, perfectos y completos desde su arranque, difícilmente iniciaremos nada.
- “**El valor de estar juntos**” supone entablar unas relaciones auténticas de igualdad, en un clima de gozo y de amistad. ¿Cómo no recordar a este propósito la maravillosa conclusión de **Éloi Leclerc** en su librito *Sabiduría de un pobre*, ya todo un clásico? Propongo releer aquí las palabras luminosas que el autor pone en boca del Pobrecillo de Asís dirigidas al hermano Tancredo: “El Señor nos ha enviado a evangelizar a los hombres, pero ¿has pensado ya lo que es evangelizar a los hombres? Mira, evangelizar a un hombre es decirle: ‘Tú también eres amado de Dios en el Señor Jesús’. Y no solo decírselo, sino pensar- lo realmente. Y no solo pensarlo, sino portarse con ese hombre de tal manera que sienta y descubra que hay en él algo de salvado, algo más grande y más noble de lo que él pensaba, y que se despierte así a una nueva conciencia de sí. Eso es anunciarle la Buena Nueva, y eso no podemos hacerlo más que ofreciéndole nuestra amistad; una amistad real, desinteresada, sin con- descendencia, hecha de confianza y de

estimas profundas. Es preciso ir hacia los hombres. La tarea es delicada. El mundo de los hombres es un inmenso campo de lucha por la riqueza y el poder, y demasiados sufrimientos y atrocidades les ocultan el rostro de Dios. Es preciso, sobre todo, que al ir hacia ellos no les aparezcamos como una nueva especie de competidores. Debemos ser en medio de ellos testigos pacíficos del Todopoderoso, hombres sin avaricias y sin desprecios, capaces de hacerse realmente amigos. Es nuestra amistad lo que ellos esperan, una amistad que les haga sentir que son amados de Dios y salvados en Jesucristo”.

- **”Orar juntos en comunidad”** nos permite dirigirnos al mismo y único Dios desde credos, lenguas y culturas diferentes. La oración es gratuita, sin condiciones ni desigualdades, y a todos nos sitúa “en salida” hacia el Ser más grande que todo, como “adoradores en espíritu y en verdad”. Nos hace pequeños y nos enseña a poner juntos en acción las potencias espirituales que nos son comunes: el perdón, la súplica, la acción de gracias, la alabanza...
- **”Compartir la comida del domingo”** no es un festín de amiguetes, sino un gesto profético, la antesala de la “mesa del Reino”, del que la Eucaristía es realización anticipada. Jesús comía con publicanos y pecadores lo mismo que con fariseos. No buscaba las delicias de la buena mesa, sino a los comensales recostados a su vera, a las ovejas perdidas de la casa de Israel y de todas las casas. A todos ofrecía el pan de su persona.

Estas acciones básicas no se dirigen a satisfacer nuestra mala conciencia, sino a abrir caminos de comunión y convergencia en la fe entre los pobres y los cristianos. “A menudo –advirtió el Papa en su mensaje– me temo que tantas iniciativas, aun siendo meritorias y necesarias, están dirigidas más a complacernos a nosotros mismos que a acoger el clamor del pobre...”. En su pequeñez, han de ser el inicio de unos procesos que acompañen a los pobres hasta su adhesión personal a Jesucristo y su acogida en la comunidad de los bautizados. Podemos citar algunas experiencias que se inscriben en este dinamismo evangelizador:

- **Ofertas de religiosidad popular** en santuarios y cofradías que son cauce para que gentes sencillas y de alma religiosa pasen de simples “devotos” a ser cristianos centrados en Jesucristo y su Evangelio, para una pertenencia consciente y plena en la vida de la Iglesia.
- **Actividades de Cáritas** que van más allá del despacho sociocaritativo o del taller de capacitación y abren a los participantes las puertas de las parroquias o de los centros arciprestales, para que convivan y se mezclen con los miembros de las comunidades en todo tipo de actividades infantiles o de adultos.
- En algunas diócesis y parroquias, se ofrecen una suerte de **Escuelas de la Palabra** con una intención curativa y reestructuradora de las personas y las familias. Son llevadas por psicólogos o terapeutas creyentes; destinadas principalmente a personas drogadictas, depresivas, solitarias, con alguna desgracia familiar severa... Hay resultados que demuestran la fuerza sanadora del Evangelio de Jesús.

- **Espacios de oración multirreligiosa** con motivo de eventos especiales (catástrofes; personas, familias o colectivos afectados por alguna tragedia...) o de fiestas de especial significación (Navidad, Ramadán...).
- **El contacto persona a persona**, que supone un trabajo de evangelización paciente y anónimo de tantos cristianos que tienen el don de la empatía y de la relación con los demás.
- La acción apostólica organizada de los **movimientos y asociaciones laicales**, que evangelizan desde su compromiso y testimonio en las distintas realidades sociales de los pobres.
- Las más clásicas actividades de la **Pastoral de la Salud**, donde se acompaña a enfermos y ancianos y a su entorno familiar con la luz y la fortaleza que da la fe.

POBRES Y HUMILDES

La pobreza evangélica nace de dentro a fuera. De un corazón manso y humilde, compasivo y misericordioso.

Es la “pobreza de espíritu”, a la que se refiere la bienaventuranza de san Mateo, que, por su propia lógica, va llevando al desprendimiento personal y al compromiso solidario con el pobre. Como tal, no tiene nada que ver con la intransigencia dura de quien confunde la pobreza con un áspero ascetismo, y el compromiso social con una permanente caza de brujas. La pobreza es incompatible con el orgullo.

La auténtica pobreza se alimenta de la minoridad franciscana y, en ella, adquiere su poder reconciliador y sanante. ¡Qué bien lo expresan las plegarias eucarísticas V/b y V/c con esta oración llena de emoción y verdad!

*Danos entrañas de misericordia frente a toda miseria humana.
Inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado.
Ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente
explotado y deprimido.*

*Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor,
de libertad, de justicia y de paz,
para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando...*

*Que quienes te buscamos sepamos discernir
los signos de los tiempos
y crezcamos en fidelidad al Evangelio; que nos preocupemos
de compartir en el amor las angustias y tristezas, las alegrías y esperanzas
de todos los seres humanos,
y así les mostremos tu camino
de reconciliación, de perdón, de paz...*

La solana

*Solos en la vejez*¹⁵

Cardenal Juna José Omella

Hace unos días leí un dato que me impresionó verdaderamente: más de trescientos mil ancianos catalanes viven solos, según datos del Instituto de Estadística de Cataluña. Estar solo no siempre es un problema. Sentirse solo sí, ya que podemos estar en compañía y, sin embargo, tener una sensación de vacío, como si nos faltara *algo*. El ser humano es sociable por naturaleza y necesita a los otros para vivir. Cuando una persona se siente sola, se siente también excluida.

Los ancianos necesitan el contacto con otras personas; y, en el ocaso de su vida, muchos de ellos sienten, especialmente, la falta de presencias que les reconforten y que llenen un poco el vacío que sienten. Las pérdidas y ausencias han ido minando sus vidas.

La vejez es un momento de fragilidad de la persona en que, a veces, la marca de la soledad queda dibujada en el rostro. Cuando una persona mayor no encuentra a nadie que se ocupe de ella ni tenga con quien hablar, piensa que ya no importa a nadie. La soledad tiene un impacto emocional que provoca nerviosismo, angustia, tristeza, mal humor y sensación de marginación social.

El proceso de hacerse mayor puede llegar a ser *duro*, porque se van perdiendo familiares y amigos y se van perdiendo también facultades y habilidades. La vejez nos llega a todos y se suele recibir con más tristeza que alegría. Muchas veces el entorno la percibe más como un estorbo que como una riqueza. En el libro de los Salmos leemos: «No me rechaces ahora en la vejez; me van faltando las fuerzas, no me abandones» (*Salmo 71,9*).

Actualmente, la estructura familiar ha cambiado y apenas hay espacio para los mayores, pero, a pesar de que, a menudo, los arrinconamos y menospreciamos, siguen teniendo un papel muy importante y de gran valor para la sociedad. Sin ellos, perderíamos la sabiduría de la vida y el gran tesoro de las relaciones intergeneracionales, en que jóvenes y mayores aprenden unos de otros. Es necesario que nuestros hermanos mayores ocupen el lugar que les corresponde y no queden desplazados. «Esta civilización seguirá adelante si sabe respetar la sabiduría, la sabiduría de los ancianos». (*Amoris Laetitia*, 192)

¹⁵ Carta dominical del arzobispo del Barcelona para el 17 de febrero de 2019.

Vivimos en una sociedad con cambios constantes, donde se promueve el individualismo y la autosuficiencia, donde cada uno *va a la suya*, donde no tenemos tiempo para los demás, pero, en cambio, podemos pasar horas y horas hipnotizados ante una pantalla con el único objetivo de pasar el rato. Es necesario que todos seamos sensibles y estemos atentos a las personas de nuestra comunidad, a lo que les ocurre, para poder acompañarlas cuando lo necesiten. Debemos cuidar a la gente mayor porque son testigos valiosos que enriquecen nuestras vidas. «Quien tiene un amigo tiene un tesoro» (cf. *Eclo* 6,14), dicen. Quien tiene un abuelo o un anciano como amigo tiene una fortuna, digo yo. Sin duda, tener un anciano cerca es un regalo, un privilegio, prácticamente es una necesidad. Así lo expresaba el papa Francisco en el último Sínodo, recordando un refrán argentino: «Si en tu casa no hay ningún anciano, compra uno y cuídalo.»

Estimados hermanos, tengamos presentes a nuestros ancianos: acojámosles, escuchémosles y amémosles. ¡Regalemos un poco de nuestro tiempo!

Familia

¿Qué es la familia cristiana?

La que vive en el espíritu de Cristo, las alegrías y las penas

*Javier de la Torre*¹⁶

¿Es la familia cristiana aquella que tiene muchos hijos? No; muchas veces, no. ¿Es la familia cristiana aquella en que todos son buenas personas? No; muchas veces, no. ¿Es la familia cristiana la comprometida socialmente con los más pobres? No; muchas veces, no. ¿Es la familia cristiana la que permanece unida a pesar de las dificultades? No; muchas veces, no. Entonces ¿cuál es la familia cristiana? La verdadera familia cristiana es aquella en que dos o más personas de la familia buscan poner a Cristo en el centro del hogar, en medio de sus alegrías y sus penas y confían sus esperanzas y desesperanzas a Cristo.

La familia cristiana es aquella en la que varios de sus miembros quieren acoger y buscar a Cristo y ponerle en el centro del hogar para que sus alegrías y penas, sus limitaciones y dificultades, sean iluminadas por su luz y su gracia. ¿Qué supone colocar a Jesucristo y el Evangelio en el centro de la familia? Responderemos con tres momentos. Una mirada a Jesús y su vivencia de la familia, una mirada a las familias de las primeras comunidades cristianas y una mirada a la familia desde el corazón del papa Francisco.

1. Jesús de Nazaret y la familia

Lo más sorprendente es comprobar que Jesús vivió la incompreensión de su propia familia. La familia de Jesús pensaba que estaba loco y rechazaba su actividad (Mc 3, 21). Probablemente sus familiares no llegaron a convertirse en discípulos o por lo menos no lo hicieron hasta el final de su vida. Además, no sólo su familia sino sus paisanos no le comprenden y le rechazan. Se escandalizan de su enseñanza y de los milagros que realiza: “Sólo en su tierra, entre sus parientes y en su casa, desprecian a un profeta” (Mc 6, 4). Jesús alude a la falta de fe que encuentra en su ambiente (Mc 6,6; Mt 13, 58). La familia cristiana no es aquella en que no hay problemas, dificultades, tensiones¹⁷. La familia cristiana no es una familia perfecta.

¹⁶ Artículo publicado en la revista *Sal Terrae* 105 (2017), pp. 921-933.

¹⁷ Cfr. J. DE LA TORRE, *Jesús de Nazaret y la familia*, San Pablo, Madrid 2012.

Jesús acogió, curó y cuidó en su vida pública a muchas mujeres en situación de vulnerabilidad. “Le acompañaban los Doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de cusa, un administrador de Herodes, Susana y otra muchas que les servían con sus bienes” (Lc 8, 2-3). Jesús se encuentra y acoge a la samaritana que ha tenido cinco maridos, a la adúltera, a mujeres extranjeras como la sirofenicia, a la mujer “impura” con flujos sangre, etc.

Jesús acoge a los niños en una época en que los pequeños no eran mimados y los padres podían venderlos como esclavos. “Dejad que se me acerquen los niños, no se lo impidáis, porque a los que son como ellos pertenece el Reino de Dios... Y abrazaba a los niños, y los bendecía imponiéndoles las manos” (Mc 10,13-15).

Jesús se acerca con cariño a muchas familias rotas por la enfermedad, el dolor, la muerte. Jesús acoge a padres preocupados por sus hijos enfermos: el muchacho epiléptico (Mc 9,17-24), la mujer cananea (Mc 7, 25-30), la hija de Jairo (Mc 5, 22ss), el funcionario real (Jn 4, 46-53). Jesús acoge a padres que lloran a sus hijos muertos: viuda de Naím (Lc 7,11-15). Jesús consuela a Marta y María que lloran a su hermano fallecido (Jn 11,1 ss). Jesús escucha a los padres que hablan de su hijo ciego de nacimiento (Jn 9, 18-23). Jesús cura la enfermedad de la suegra de Simón Pedro (Mc 1, 30-31). Jesús se encuentra con esa gran mayoría de familias pobres (un 70% de la población) que viven en casas pequeñas donde la malnutrición, la falta de higiene y la falta de recursos hacen que el número de miembros sea pequeño pues viven en el límite de la existencia.

Jesús acoge a algunos discípulos que quedan en situación de fragilidad por seguirle. Los primeros discípulos lo primero que hacen es abandonar a su padre (Mt 4,20.22; Mc 1, 20; Lc 5, 11). Pedro y Andrés dejan su oficio. Santiago y Juan no sólo abandonan las redes y la barca sino a su padre Zebedeo poniendo en peligro la continuidad de la familia. Aunque parece que no todos sus discípulos abandonan del todo a sus familias para seguirle (Pedro va con él a su casa, también Leví y tal vez Santiago y Juan), Jesús recomienda a los discípulos que han tenido que abandonar sus familias o que han tenido problemas con sus familias las actitudes propias de los mendigos como pedir con confianza, no estar preocupados por las cosas materiales, no atesorar en este mundo. Estas actitudes estaban enraizadas en la propia experiencia de Jesús de un Dios padre que proporciona vestido, comida y cuidados (Mt 5-7). La fragilidad de sus discípulos y la suya con las familias les hace poner su confianza en el Dios padre del cielo.

Jesús sale a los caminos de Galilea y se encuentra con muchas personas que ni tenían casa ni familia estable ni apoyos familiares: leprosos, mendigos, ladrones, bandidos, viudas empobrecidas, huérfanos y desheredados. Estos componían la clase más baja y constituían el 15-20% de la población. Son los sin familia.

Jesús cree en un Dios *que es para todos*. Sus comidas con publicanos y pecadores reflejaban que el reinado de Dios no estaba reservado a unos pocos, sino que era para todos y sobre todo para los más necesitados (Mc 2,17). Su renuncia a la familia, su itinerancia, el no respetar el sábado para curar a las personas y el saltarse las normas de pureza para acoger a excluidos expresan esa prioridad del reino de Dios.

Seguir a Jesús implica vivir en solidaridad, fraternidad y servicio. Seguirle conlleva renunciar a tener sólo para sí por compartir solidariamente con los más pobres, renunciar a la pasión por dominar y mandar para construir una auténtica fraternidad y renunciar a la pretensión por sobresalir y brillar por servir. Por eso las relaciones fundamentales en la vida para Jesús están vinculadas al compartir, a la fraternidad y al servicio. Estos deben ser los valores centrales que deben alentar las relaciones familiares hasta entregar la vida, como tantas veces vio Jesús que hacían tantos padres con sus hijos y tantos hijos con sus padres mayores.

Pero la familia también transmite valores no evangélicos. Puede transmitir clasismo, racismo, elitismo, violencia, frivolidad, deseo de lucro y comodidad. La familia, algunas veces, no alienta el servicio a los más necesitados y suele fomentar los valores del honor, el dinero y la seguridad. Por eso Jesús relativiza la familia y antepone la relación de seguimiento por fe a la de parentesco basada en la sangre: “El que cumple la voluntad de Dios, éste es hermano mío y hermana y madre” (Mt 12, 46-50; Mc 3, 31-35; Lc 8, 19-21). E igualmente corrige el grito de la mujer al decir “¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!” por el “¡Dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo cumplen!” (Lc 11, 27-28).

La familia cristiana es aquella que, siguiendo el espíritu de Jesús, es comunidad de amor, acogedora de la vida de los niños y de la mujer, abierta a los pobres, a la fraternidad con los marginados y vulnerables sin familia, la que pone sus inquietudes profundas en una oración confiada, la que cura a los enfermos propios y cercanos, la que desea vivir en servicio y compartiendo más que dominando y acaparando bienes y honores. Esta familia que se encuentra con Cristo, que cuida la fragilidad y pierde la vida por los otros es la familia cristiana.

2. Las primeras comunidades cristianas y la familia

Las primeras comunidades cristianas se reunían en casas y hogares de determinadas familias. Que no tuvieran edificios religiosos donde reunirse hizo que, en los primeros siglos, las comunidades cristianas tuvieran un tono profundamente familiar. Eran comunidades personales, de relaciones personales, de redes de amistad como las que Jesús estableció con sus discípulos y seguidores. Eran comunidades que compartían las necesidades y estaban abiertas hacia afuera: solidarias, compasivas, preocupadas por los más necesitados. Eran comunidades de hospitalidad, de cercanía, de confianza, de acogida. ¿Cuáles son los rasgos de estas familias y casas cristianas de estos primeros siglos?

Las mujeres tenían un papel central. Las mujeres ponen sus casas, sus bienes y su tiempo al servicio del Evangelio. Muchas de ellas lideran comunidades, son misioneras, colaboradoras de los apóstoles, profetas. Muchas tienen un gran protagonismo comunitario en la caridad, en la oración, en la acogida hospitalaria, en el catecumenado, en la visita a los enfermos, en la creación de los primeros hospitales, en los entierros, en la formación de los jóvenes, en el bautismo de las mujeres.

Los esclavos y los que trabajan en las casas son tratados con dignidad. Los acogen en la tumba familiar, llevan las cuentas de la casa, los acogen en la asamblea y en los ministerios (pronto llegan a obispos y papas), son autorizados a casarse con mujeres libres. Las esclavas cristianas ejercen de diaconisas, viudas y ascetas. La liberación de esclavos es ampliamente aconsejada. En las comunidades cristianas todos trabajan por una mejora social de sus condiciones: no tratarles con violencia o no separar los padres esclavos de sus hijos.

Los pobres siempre estuvieron presentes en las familias y comunidades cristianas. La necesidad de compartir los bienes ya aparece en la Didajé (s. I): “compartirás todo con tu hermano y de nada dirás que es tuyo propio”. La comunión de bienes se vive como un mandato divino. Los pobres son maestros de vida, patronos ante Dios. En los primeros siglos no faltan las limosnas en la eucaristía y los diezmos en algunas comunidades. Se llaman hermanos, se dan el ósculo de la paz y luchan contra la división natural de una minoría rica y una mayoría. El obispo es el benefactor de los pobres.

Los huérfanos son acogidos por las familias. Su indefensión unida a su tierna edad hace que, frente al abandono y la exposición de niños cuyo destino era la esclavitud, la muerte o la prostitución, los cristianos presumieran que entre ellos no están desatendidos. Los huérfanos son acogidos por otros miembros de la familia, por personas de la comunidad. Si es varón por personas que no tienen hijos, si es mujer por alguien que ya tenga un varón. El obispo es el padre de los que están sin padre y, por eso, pronto en la Iglesia se crearán orfanatos para los que no son acogidos por las familias.

Los extranjeros son acogidos con hospitalidad por las familias según el modelo del Antiguo y del Nuevo Testamento tanto por un deber moral como por una dimensión religiosa que veía en ellos la presencia de Dios. Los modelos de Abraham, Rebeca, Zaqueo, Simón y Marta y María influyeron mucho en las primeras comunidades junto con el mandato del Señor: “Fui extranjero y me acogisteis” (Mt 25, 35). La hospitalidad familiar permitió a los primeros misioneros itinerantes tener una plataforma desde donde poder evangelizar. Un cristiano sabía que, si emprendía un viaje, iba a ser acogido por familias cristianas en el camino.

Los enfermos son cuidados por el Obispo, las viudas, los diáconos encargados y por la mayoría de las familias cristianas. Las comunidades cristianas averiguan quién está enfermo en la comunidad y en la población, les llevaban la eucaristía, les ayudaban económicamente, les visitaban, los buscaban si alguien había sido abandonado, les lavaban sin ánimo de lucro, sin soberbia. Pronto en la Iglesia se crean hospitales. Los creyentes tienen comportamientos heroicos en las epidemias, catástrofes y pestes: visitan, sirven, cuidan, limpian, cierran sus bocas, abrazan, envuelven en sudarios, entierran y asumen voluntariamente la muerte y el dolor por los enfermos.

La familia en estos siglos es una iglesia doméstica (LG 11). En el NT aparece la expresión “la Iglesia en casa de”. Juan Crisóstomo predica que los padres conviertan su casa entera en una iglesia. Frente a una visión más institucional, en los primeros siglos encontramos esta preciosa dimensión sacramental y ministerial de la familia. ¿Qué es la familia cristiana en estos siglos? Es aquella que, siguiendo el ejemplo de Cristo, y viviendo

dentro de la comunidad eclesial, pone en el centro a las mujeres, trata con dignidad a sus trabajadores, libera de la esclavitud, atiende a los pobres, acoge a los huérfanos, es hospitalaria con el extranjero y cuida a los enfermos.

3. El papa Francisco y la familia

La familia cristiana para el papa Francisco es la que se va construyendo día a día a la luz de su fe y confianza en Cristo, la que cree que un pequeño paso en medio de grandes límites y dificultades puede ser agradable a Dios (EG44), la que busca, a imagen del Padre del cielo, “fortalecer vínculos y curar heridas” (EG67), afianzar y sanar los vínculos interpersonales.

En la exhortación apostólica *Amoris laetitia* el papa Francisco nos ha regalado una luminosa reflexión que sintetizaremos en doce puntos clave para la familia cristiana¹⁸.

1. *La familia cristiana es aquella que se deja iluminar y acompañar por la palabra de Dios, por la Biblia, que “está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares”.* El papa no es ciego y nos recuerda la “realidad amarga que marca todas las Escrituras. Es la presencia del dolor, del mal, de la violencia que rompen la vida de la familia y su íntima comunión de vida y amor”. Muchas páginas de la Biblia muestran este drama como el episodio de Caín y Abel o el pecado de David. Por eso el papa nos recuerda que la Palabra de Dios es “compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor y les muestra la meta del camino” (AL 22).
2. *La familia cristiana es aquella que reconoce el aliento del Espíritu en mitad de las dificultades y responde lo mejor posible al Evangelio.* El papa es muy consciente de muchas de las dificultades de las familias: enfermedad, violencia, paro, inmigración, alcoholismo, abandono, etc. Francisco reconoce cómo muchos fieles con su conciencia “muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas” (37). El papa, de manera magistral, subraya el buen discernimiento evangélico que hacen muchas familias en medio de las dificultades. Por eso reconoce sin pudor “la gran variedad de situaciones familiares que pueden brindar cierta estabilidad” (52). “Doy gracias a Dios porque muchas familias, que están lejos de considerarse perfectas, viven en el amor, realizan su vocación y siguen adelante, aunque caigan muchas veces a lo largo del camino”. En mitad de su fragilidad pueden ser luz para todos (66).
3. *La familia cristiana no es una familia perfecta.* El papa habla en varias ocasiones de signo o analogía imperfecta refiriéndose al matrimonio, pero también cabe aplicar esta limitación a la familia. El sacramento “como *signo imperfecto* del amor entre Cristo y la Iglesia...debe ser fruto de un discernimiento vocacional”

¹⁸ Cfr. J. DE LA TORRE, *La alegría del amor. Una invitación a vivirla y trabajarla en grupos y familias*, PPC, Madrid 2017.

(72). Aunque “la analogía entre la pareja marido-mujer y Cristo-Iglesia” es una “*analogía imperfecta*”, invita a invocar al Señor para que derrame su propio amor en los límites de las relaciones conyugales (73). “No hay que arrojar *sobre dos personas limitadas el tremendo peso de tener que reproducir de manera perfecta* la unión que existe entre Cristo y su Iglesia” (122). Esto supone asumir el enfoque de la pedagogía divina: “la Iglesia *mira con amor a quienes participan en su vida de modo imperfecto* (...) Cuando la unión alcanza una estabilidad notable mediante un vínculo propio – y está connotada de afecto profundo, de responsabilidad por la prole, de capacidad de superar las pruebas– puede ser vista como una oportunidad para acompañar hacia el sacramento del matrimonio, allí donde sea posible” (78).

4. *La familia cristiana es aquella que vive el amor cotidiano.* El papa contrapone el amor cotidiano familiar al romanticismo e idealismo. El amor real y concreto requiere de mucha paciencia, servicio, humildad, amabilidad, cultivar lazos, sentido de pertenencia, decir palabras de aliento, desprendimiento, rechazo de toda violencia, perdón, disculpa, cuidado de la imagen de los otros, espera en las potencialidades más ocultas del otro. Pero quizás lo más importante que nos dice el papa es que el amor convive con la imperfección. “Todos somos una compleja combinación de luces y sombras (...) no le exijo que su amor sea perfecto para valorarlo. Me ama como es y como puede, con sus límites, pero que su amor sea imperfecto no significa que sea falso o que no sea real. Es real, pero limitado y terreno (...) El amor convive con la imperfección, la disculpa y sabe guardar silencio ante los límites del ser amado” (113). “No hacen bien algunas fantasías sobre un amor idílico y perfecto, privado así de todo estímulo para crecer (...) Es más sano aceptar con realismo los límites, los desafíos o la imperfección y escuchar el llamado a crecer juntos” (135). En este sentido la familia es un camino de santificación en la vida ordinaria y de crecimiento místico. Es una ocasión para abrir más y más el corazón (316).
5. *La familia cristiana es espacio de presencia, acogida, cuidado.* Ante el sentimiento de orfandad que viven hoy muchos niños y jóvenes, no podemos ignorar la necesidad que tienen los niños de la presencia materna (173) y paterna. También al papa le preocupa cuando el hijo no llega en el mejor momento o en “circunstancias no deseadas, los padres, u otros miembros de la familia, deben hacer todo lo posible por aceptarlo como don de Dios y por asumir la responsabilidad de acogerlo con apertura y cariño” (166). En este sentido, la familia cristiana es la que vive una espiritualidad del cuidado y acogida del otro. La familia ha sido siempre el hospital más cercano (321). Curar, consolar, mirar, acariciar, abrazar, soñar juntos son sus tareas. Toda la vida de la familia es un “pastoreo misericordioso” que con cuidado espera del otro algo indefinible e imprevisible (322), que mira con atención exquisita los límites del otro. (323).
6. *La familia cristiana es una familia ampliada, de puertas abiertas.* El pequeño núcleo familiar no debería aislarse de la familia ampliada (tíos, primos, e incluso vecinos) donde puede haber algunos necesitados de ayuda, compañía, consuelo (187). La familia es el lugar donde se aprende a ser hijo, hermano, nieto, cónyuge. Pero en la familia también se integran los amigos y las familias amigas,

e incluso las comunidades de familias que se apoyan (196). Esta familia ampliada debería integrar madres adolescentes, madres solas, niños sin padres, con alguna discapacidad, solteros, separados con adicciones, en soledad, ancianos, enfermos (197).

7. *La familia cristiana no es siempre la que permanece unida.* A veces la fe lleva a afrontar una decisión tan grave como separarse o divorciarse. El papa es claro: “En algunos casos, la valoración de la dignidad propia y del bien de los hijos exige poner un límite firme a las pretensiones excesivas del otro, a una gran injusticia, a la violencia o a una falta de respeto que se ha vuelto crónica. Hay que reconocer que hay casos donde la separación es inevitable. A veces puede llegar a ser incluso moralmente necesaria” (241). El papa sabe lo dramáticas que pueden ser la prepotencia, la violencia, la explotación, la indiferencia, el insulto. En estas situaciones el papa señala la importancia de cuidar a los hijos y de poner límites. La familia cristiana no es siempre una familia en que siempre hay padres e hijos. El papa subraya como las familias monoparentales deben encontrar apoyo entre las familias de la comunidad cristiana pues a menudo soportan problemáticas económicas, laborales o de falta vivienda (252).
8. *La familia cristiana es la que desea transmitir el regalo de la fe a pesar de las dificultades.* El hogar “debe seguir siendo el lugar donde se enseñe a percibir las razones y la hermosura de la fe, a rezar y a servir al prójimo”. La fe es un don que hace que los padres vivan “la experiencia real de confiar en Dios”, “de buscarlo”, convirtiéndose así en evangelizadores de su propia familia (287).
9. *Y puesto que los niños necesitan símbolos, gestos, narraciones estimular sus propias experiencias, testimonios luminosos, la familia cristiana es la que intenta proponerlos a través de oraciones, momentos especiales o de la piedad popular.* El papa dice con claridad: “Se pueden encontrar unos minutos cada día para estar unidos ante el Señor vivo, decirle las cosas que preocupan” (318). La familia cristiana es aquella en la que sus miembros celebran el día del Señor para encontrarse con otros cristianos y aquella que no deja de ofrecer luz de la fe en los momentos de muerte de un ser querido (243), aquella que espera reencontrarse con los seres queridos que murieron.
10. *La familia cristiana es la que vive una vocación de integración y reconciliación.* La familia cristiana, como la Iglesia, “es consciente de la fragilidad de muchos de sus hijos” pero “mira con amor a quienes participan de modo incompleto, reconociendo que la gracia de Dios también obra en sus vidas”. La familia cristiana no es una familia ideal muchas veces y a veces algunos de sus miembros pierden el rumbo, hacen daño y provocan conflictos. Pero, como Jesús, la familia cristiana no condena a nadie para siempre, integra a todos para que cada uno encuentre su lugar.
11. *La familia cristiana es la que vive en la misericordia.* El papa afirma que “la misericordia es el criterio para saber quiénes somos sus hijos”. El amor misericordioso se inclina a comprender, perdonar, acompañar, esperar, integrar. Dios quiere familias compasivas con los frágiles, que “conozcamos la fuerza de

la ternura” (308). La familia cristiana es la que vive la misericordia del Hijo de Dios que sale a encontrar a todos sin excluir a ninguno (309). La misericordia implica una mirada profunda de amor que descubre nuestras capacidades y muestra un crecimiento hacia adelante: yo no te condeno, vete y “en adelante” no peques más (Jn 8).

12. *La familia cristiana vive una espiritualidad de presencia de Dios.* La Trinidad está presente en el templo de la comunión familiar. La presencia del Señor habita en la familia real y concreta en sus gestos y encuentros. Dios tiene allí su morada. Es una “espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino” (315). Francisco resume de manera magistral cómo Dios refleja en la familia los rasgos de su amor: “En la familia madura la primera experiencia eclesial de la comunión entre personas, en la que se refleja por gracia la Trinidad. Aquí se aprende a trabajar, amar, perdonar, orar y ofrecer la propia vida” (86).

Conclusión

La familia cristiana es aquella en la que unos están vinculados a otros a imagen de Cristo. Esta pertenencia del corazón no se vive desde ideales ni normas sino desde la situación real y limitada de las familias. En la limitación y dificultad descubren la gracia y el espíritu para crecer poco a poco, encuentran amor, presencia de Dios, apertura, bondad, alegría, crecimiento. Es un misterio de una gran belleza sentir como ese amor y misericordia conduce interiormente a tantas familias a los que la vida ha golpeado, no ha favorecido, ha maltratado, ha abandonado, ha roto por dentro.

La familia cristiana no es una familia perfecta pues no hay padres ni hijos ni parejas perfectas. Hay una profunda belleza de lo pequeño, lo pobre y lo escondido que se muestra en los “admirables gestos de heroísmo cotidiano en la defensa y el cuidado de la fragilidad de sus familias”(EG212), gestos que desde Jesús, las primeras comunidades y el papa Francisco se resumen en el cuidado de los niños y enfermos, de la mujer y los que trabajan para nosotros, los pobres y los sin familia, los vulnerables y los extranjeros, y en la vivencia de la reconciliación y la misericordia, del amor cotidiano y la celebración de la eucaristía acompañados por la luz de las Escrituras, la luz de la fe y por la Iglesia entera.



Lectio Divina

Al servicio de la animación

“Yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lc 22,27b)

Juan José Bartolomé

Lectio sobre Lc 22,24-30



La animación y coordinación de la PJS presuponen la planificación y la ejecución de un PEPS “sobre el cual evaluar todo nuestro compromiso educativo y pastoral, para no proceder al albur de la improvisación”. El último capítulo, en el que “se propone un diseño concreto para elaborar un PEPS” tiene por introducción Lc 22, 27b, una cita en la que Jesús se ofrece como ejemplo vivo de la norma que debe guiar la vida del discípulo: “el más importante ha de ser como el menor, y el que manda como el que sirve” (Lc 22, 26b). Semejante comienzo parece indicar una profunda e indiscutible comprensión de cualquier proyecto pastoral salesiano: más que para “escoger los instrumentos adecuados e identificar los pasos concretos a realizar”, el PEPS debe estar pensado y debe realizarse como acto de humilde servicio a los jóvenes, en el cual el agente de pastoral se identifica con su Señor, que ha venido no a ser servido, sino a servir (Mc 10, 45). El PEPS nace, pues, de la voluntad de la CEP de estar entre los jóvenes “como el que sirve”. Sólo así representará auténticamente a su Señor (cf. Jn 13, 3-17).

A diferencia de los otros dos sinópticos (Mt 26, 26-29; Mc 14, 22-25), Lucas sitúa un breve discurso de Jesús (Lc 22, 24-37) en el contexto de la última cena (Lc 22, 14-20). Su propósito es evidente: la celebración de la cena pascual se presenta, significativamente, como el escenario en el cual se debe entender una instrucción a los discípulos que resulta altamente importante por definitiva. Estas últimas palabras de Jesús, dirigidas a sus seguidores más fieles son la explicación culminante de su propia vida. Como hará de una forma más arriesgada el cuarto evangelio (cf. Jn 13, 13 – 16, 33); Lucas ha creado un discurso reelaborando motivos ya bien conocidos (cf. Mt 18, 1; 20, 25-28; Mc 9, 34-36; 10, 42-45; Jn 13, 12-17); pero el hecho de que lo introduzca en la noche, “antes de la pasión”, durante el banquete que tanto había deseado celebrar Jesús (cf. Lc 22, 15), nos ofrece una clave de lectura: la serie de palabras de Jesús nos abre a la comprensión de su cercana muerte como un acto consciente de servicio supremo. La cena en la que se dicen estas palabras es, al mismo tiempo, profecía y

memorial de la muerte redentora. La muerte de Jesús será, como lo ha sido también toda su vida (Mc 10, 35), un servicio que presta a los suyos: porque es el que más sirve, justo por eso, es el más grande.

²⁴ También se produjo entre ellos una discusión sobre quién debía ser considerado el más importante. ²⁵ Jesús les dijo:

“Los reyes de las naciones ejercen su dominio sobre ellas, y los que tienen autoridad reciben el nombre de bienhechores. ²⁶ Pero vosotros no debéis proceder de esta manera. Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda como el que sirve. ²⁷ ¿Quién es más importante, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pues bien, yo estoy entre vosotros como el que sirve. ²⁸ Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas. ²⁹ Y yo os hago entrega de la dignidad real que mi Padre me entregó a mí, ³⁰ para que comáis y bebáis a mi mesa cuando yo reine, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel”.

1. Entender el texto, releyéndolo

El breve discurso de Jesús, en el contexto de la última cena (Lc 22, 14-38), se presenta casi como su ‘testamento’ (Lc 22, 24-34). El marco narrativo inmediato lo vuelve si cabe más significativo: las palabras de Jesús se sitúan después del desconcertante anuncio de la traición de Judas (Lc 22, 21-23) y antes del presagio de la negación de Pedro (Lc 22, 31-34). Jesús vaticina su muerte afirmando que *“la mano del que le entrega está junto a él en la mesa”* (Lc 22, 21) y hace saber a Pedro que, lejos de perseverar en la prueba, va a *“negar tres veces que le conoce”* (Lc 22, 34); predicciones ambas que se realizarán al punto y literalmente (Lc 22, 47.54-61). La atmósfera de cordialidad e intimidad traicionada (Lc 22, 15), el hecho de que sean las últimas palabras de Jesús dirigidas sólo a los discípulos, y la causa directa de la instrucción —una pregunta bastante impertinente en dichas circunstancias (Lc 22, 24: *quién debía ser considerado el más importante*)— dan al discurso de despedida de Jesús un relieve particular y bastante destacado.

En las palabras de Jesús se distinguen dos secciones. La primera concierne al motivo, central en la tradición evangélica (Mc 9, 33-37/Lc 9, 33-37; Mt 18, 1-5; Mc 10, 42-45/Mt 20, 25-28; Jn 13, 1-20), del servicio en este mundo (Lc 22, 24-27). La segunda (Lc 22, 28-30) es la promesa de Jesús de recompensar con la gloria a quienes han perseverado *“con él en sus pruebas”* (Lc 22, 28). Centrándonos en la primera sección, en la que aparece nuestra cita (Lc 22, 27b) causa sorpresa, si no incomprensión, la secuencia narrativa: si bien la exhortación al servicio fraterno *“a la mesa”* es lógica en el contexto de la cena pascual (cf. Jn 13, 3-16), la discusión sobre la primacía entre los discípulos que la ha provocado es hartamente desagradable. No es la primera vez que, mientras Jesús piensa en la entrega de su vida, sus seguidores discuten *“sobre quién era el más importante”* (Mc 9, 34). ¡Qué manera más evidente de mostrar la enorme distancia que separa a Jesús de los suyos!

La respuesta de Jesús parte de un dato de la experiencia; contrapone dos modos de ejercer la autoridad: el de los gobernantes de los pueblos, para darse importancia y

recibir privilegios (Lc 22, 25), y el que debe reinar en la comunidad de los discípulos, donde ha de gobernar sólo quien sirve y donde el grande se hace el más pequeño (Lc 22, 26). Jesús no desafía la existencia de la autoridad ni pretende reformar el gobierno terrenal; ni siquiera se opone al ejercicio del poder entre los suyos. Pero afirma el *poder servir a todos* como el único legítimo. Que lo diga quien está dispuesto a sacrificar su propia vida (Lc 22, 19a) como servicio brindado a todos, confiere a esta regla de vida común un valor de obligatoriedad: les pide a los suyos aquello que él está dispuesto a hacer y aquello que deberá hacer quien recuerde su muerte. Dado que no habrá una ‘memoria eficaz’ de la muerte de Jesús (Lc 22, 19b: “*haced esto en memoria mía*”) si quien la celebra en la eucaristía no repitiera su humilde gesto.

En ese momento tan deseado para él (Lc 22, 15), Jesús impone a los suyos un comportamiento que él mismo ha inaugurado: deberán vivir como él ha querido vivir y morir. De hecho, en Lc 22, 22b, Jesús, en primera persona, se presenta como modelo. Y para concederle más fuerza a su razonamiento, pregunta con énfasis *quién es más importante*, el que se sienta a la mesa o el que sirve (Lc 22, 22a; cf. Mc 10, 45). Compara así su comportamiento con el del esclavo que sirve mientras los demás comen. La última cena, como solemne contexto, y el valor ‘testamentario’ de sus palabras impiden entenderlas como simple exhortación a la humildad entre los creyentes o como norma contracultural respecto al ejercicio de la autoridad. Jesús está proclamando un nuevo orden —verdadera revolución— en las relaciones personales: dar la vida es el servicio ordinario que presta el más importante en la comunidad cristiana. Jesús, justo porque cuando lo recordamos en la eucaristía está siempre en medio de nosotros, continúa siendo nuestro siervo para siempre, dándose a sí mismo. Servir la mesa —vivir y morir por los demás— no es una ocupación fortuita y casual, es la habitual actitud del cristiano, como lo es de Cristo.

2. Aplicar el sentido, apropiándose de él

No puede dejar de asombrarnos el que fuera en la última cena cuando Jesús se haya dado cuenta de cuán alejados estaban de él y del proyecto de vida que el Padre le ha conferido “*los que han perseverado con él en sus pruebas*” (Lc 22, 28). La presencia física no implica fidelidad auténtica. Y no pensemos tan sólo en Judas, el traidor (Lc 22, 48) ni sólo en Pedro, el que lo negó (Lc 22, 56-62). Mientras Jesús les entrega el pan, y su vida, los discípulos se dejan atrapar por las ansias de ser considerados los más importantes, honorables y respetados. Que no haya sido la única vez que han mantenido esta discusión (cf. Lc 9, 46) no lo hace más comprensible.

De hecho, la intimidad con Jesús que logran los discípulos en la noche pascual y la revelación que aquél hace sobre el sentido profundo del pan compartido hacen aún más desconcertante la reacción de éstos. ¡Nunca hasta ahora han estado tan opuestos! Si en la *primera eucaristía* surgió esta brecha, ¿por qué considerar nuestras eucaristías —reconocido memorial del ‘servicio’ que Jesús nos ha brindado— como tan sólo un momento de gozo, cuando se está agudizando y desvelando la distancia entre nosotros y Jesús y su proyecto? *Estamos acostumbrados a olvidar que quien no sirve como Jesús, no sirve para ‘recordarlo’*, es decir que quien no entrega la vida —no a sino por— los demás

no puede dar a los demás el pan bendito. *Quien celebra el 'memorial de Cristo' se compromete a servir como Él, viviendo y muriendo por todos.*

La disparidad de perspectivas, tan clamorosa, que separa a los discípulos de Jesús resulta todavía más dramática si se advierte que Jesús les promete, justo por haberle sido fieles en sus pruebas, una recompensa estupenda. Habían logrado vivir *con* Jesús, acompañándolo, pero no podían vivir *como* Él, sirviendo a todos ni, mucho menos, morir *como* Él, por la salvación de todos. Si seguir a Jesús es requisito previo para permanecer con Él, no es condición suficiente para ser como Él: *la permanente compañía física no asegura que se haya asumido su programa en su integridad.* Podemos convivir en intimidad con Él, como hicieron los discípulos en la última cena, y seguir separándonos unos de otros por la búsqueda de la propia gloria. *Quien sigue a Jesús no puede perseguir su propio proyecto personal ni tener las miras puestas en su propia gloria.*

En la comunidad de discípulos se da un modo de gobierno que no reproduce la norma al uso entre las naciones. *El poder del cristiano, verdadero seguidor de Cristo, consiste en el poder servir a los demás.* Beneficiar a los demás, en lugar de ser visto como un bienhechor, es el salario del servicio cristiano. No todo lo que se hace en favor del prójimo se convierte en servicio cristiano; para que lo sea hace falta que en la asistencia concreta se entregue toda la vida y al mismo tiempo se renuncie a toda compensación. Servir no da derecho a retribución alguna: a los siervos no se les paga; pero exige una entrega total de la vida: los siervos se libran de servir sólo cuando dejan de existir.

Detrás de esta regla se encuentra una *nueva concepción* —tan nueva que seguirá siendo contracultural— *de la grandeza.* Los cristianos son los mejores de todos si sirven a alguien; ejercen el poder cuando se ponen a disposición, se hacen grandes con tal de permanezcan pequeños. Si el servicio es la marca de la grandeza cristiana, ésta está al alcance de todos. Éste es el aspecto positivo. No hay que saber más, ni tener más, ni estar entre los primeros; basta con saberse siervo de todos. No siempre la comunidad cristiana vive según la voluntad de Jesús. ¿O no es cierto que su “*vosotros no debéis proceder de esta manera*” sigue siendo más bien un deseo, una orden no obedecida?

Ningún discípulo puede considerarse más grande, eso está claro, que su maestro. Pero para los seguidores de Jesús es igualmente evidente que entre ellos él ha estado siempre “*como el que sirve*”. Apoyándose, pues, en la experiencia cotidiana de sus discípulos, Jesús se presenta como el mejor modelo de lo que exige. Él no se ha sentado a la mesa esperando ser atendido. No espera de ellos nada que no les haya dado; reclama de aquellos a quienes ha servido que sirvan a todos. Justo por eso es su maestro: ha realizado cuanto ordena. El discípulo que sirve “a la mesa”, que hace de la entrega vital un ministerio diario, se asemeja a su Maestro. Y es ésta, y no otra, la recompensa: hace presente a su Señor (“*estoy entre vosotros*”) quien como él es siervo para todos (“*como el que sirve*”).

► El anaquel

San Juan Bosco

125º Presencia salesiana en Galicia¹⁹

Jesús Fernández, Obispo auxiliar de Santiago

Querida familia salesiana, al cumplirse 125 años de vuestra presencia en tierras gallegas, con vosotros y por vosotros quiero dar gracias a Dios. Desde que el 29 de diciembre de 1894 llegaron a Vigo, con billete de tren correcto o sin él, D. Matías Buil, sacerdote, y D. Jesús Carballo, seminarista, al barrio del Arenal, hasta hoy, multitud de generaciones de jóvenes han alimentado y fortalecido sus raíces con la educación, el sentido de familia y la integración social, la orientación laboral, y la fe que integra y da sentido a todo. De este modo, han crecido como un árbol bien seguro y frondoso, y han oxigenado y dado vida a los ambientes sociales y eclesiales de esta comarca viguesa. Junto a la gratitud, ponemos sobre el altar hoy también la súplica al Señor por intercesión de S. Juan Bosco para que continúe alentando la obra de la Iglesia y, particular aquella que surge del carisma salesiano.

Jesús de Nazaret siempre se mostró cercano a los humildes y a los necesitados. Ya en la homilía inicial pronunciada en la sinagoga de su pueblo Nazaret mostró su identidad profética y su opción por los pobres. Mateo, el evangelista que nos ha servido la Palabra de Dios hoy, en el capítulo 25 de su evangelio nos presenta a Jesús identificándose con los hambrientos, los sedientos, los encarcelados, los enfermos... de tal modo que –dice- lo que les hagamos a ellos, a él se lo hacemos. Y, en definitiva, hoy mismo, s. Mateo nos ha ofrecido el comienzo del cuarto discurso de los cinco que estructuran su evangelio. En él, el Señor nos presenta a los niños como sus preferidos. No lo son porque sean perfectos, sino justamente por ser necesitados, por depender del cuidado de los mayores. Precisamente esta indigencia les motiva para ser humildes, sencillos, abiertos a la ayuda, agradecidos. Y estos valores son los que el Señor propone para aquellos que quieran ser los mayores en el reino de los cielos, e incluso en el seno de la comunidad. No debemos olvidar que aquí el evangelista está proponiendo las actitudes y normas de conducta que han de tener los miembros de la comunidad cristiana situados en la perspectiva del seguimiento de Jesucristo.

¹⁹ Homilía del 31 de enero de 2019 en la Parroquia-Santuario de María Auxiliadora de Vigo (Pontevedra).

Esta preferencia de Jesús por los niños y también el amor hacia sus discípulos le lleva a denunciar sus orgullosas pretensiones. Sin duda las palabras del Maestro cayeron como un jarro de agua fría entre aquellos que buscaban el honor y el poder. Además, Jesús amenaza a los que desprecien a los pequeños: «Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños...» y, se muestra terriblemente duro con los que los escandalicen: «Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, mas le valdría que le colgasen una piedra de molino al cuello y lo arrojasen al fondo del mar»; ¡qué pena que algunos de nuestros hermanos no se estremecieran en su momento ante estas palabras!

Dirigimos ahora nuestra mirada san Juan Bosco, al santo de todos, a vuestro Patrono. Discípulo predilecto del Señor, aprendió y encarnó a la perfección esta lección de amor hacia los humildes y los pobres, y especialmente hacia los jóvenes de su tiempo. A ellos les dedicó toda su energía, todos sus recursos, todo su tiempo. Muchos estaban desarraigados, carecían de una familia que les cuidara, no recibían formación, les faltaba el trabajo, desconocían a Jesucristo. El Papa Francisco, en la homilía que pronunció el pasado sábado con motivo de la vigilia de oración celebrada en el contexto de la JMJ de Panamá, citó expresamente a vuestro Patrono. Concretamente nos recordó cómo mirando a las gentes con los ojos de Dios, su corazón fue golpeado por niños abandonados, sin estudios, sin trabajo, sin comunidad. A partir de esa mirada, s. Juan Bosco abrazó la vida como se le presentaba y creó “con ellos una comunidad, una familia donde con trabajo y estudio se sintieran amados”. Les dio raíces donde sujetarse para poder llegar al cielo, para ser alguien en la sociedad. Él, por su parte, agradecía al Señor contar con Mamá Margarita que le había acercado a la fe cristiana y le había cuidado con cariño materno, le agradecía haber podido recibir una educación, haber podido trabajar en muchos oficios con el fin de pagarse sus estudios, y tantos y tantos dones recibidos de su benevolencia.

Conmovido por la figura del Buen Pastor al que el profeta Zacarías nos presentaba agrupando a sus ovejas perdidas y en riesgo, llevándolas a los mejores pastos, curando a las heridas, Juan Bosco aceptó la llamada a ser sacerdote y, con 26 años, celebró su primera misa. Convencido del valor pedagógico de la alegría, pronto comenzó a atraer a la gente, y particularmente a los jóvenes, a sus eventos. Era necesario darle forma institucional a su trabajo, así que fundó los Oratorios de san Francisco de Sales y, más tarde, la Congregación de los P.P. Salesianos que pronto se extendió por Italia, Francia y España.

Acaba de concluir la JMJ Panamá 2019. En la Vigilia de oración ya citada, el Papa Francisco se refería al Sí pronunciado por María ante la invitación de Dios a secundar su proyecto de salvación. El Santo Padre trató de hacernos ver cómo ese sí “hace eco y se multiplica de generación en generación”. Y puso el ejemplo de varios jóvenes que habían dado su testimonio y habían dicho sí a pesar de sus graves problemas. En primer lugar, el de un joven matrimonio –Erija y Rogelio- que, al enterarse de que iban a ser progenitores de una niña discapacitada, decidieron seguir adelante y, cuando nació, optaron por amarla con todo su corazón. En segundo lugar, el de Alfredo, un ex drogadicto que se quedó sin las cuatro raíces necesarias para crecer como un árbol sano: el trabajo, la educación, la familia y la comunidad. Y, finalmente, el sí de Nirmeen que se encontró con Dios en la JMJ de Cracovia.

Escuchando con la mente y el corazón la Palabra de Dios hecha vida en santos como Juan Bosco y que se abre paso en tantos y tantos discípulos de Jesucristo y del Santo turinés, hemos de sentirnos invitados a fortalecer nuestra condición de discípulos que dicen sí a Dios y que, por ser a la vez apóstoles del Dios amor, acogen la vida como les viene, con frecuencia frágil y débil porque, como decía el Papa, “solo lo que se ama puede ser salvado”. Recordad la invitación de s. Juan Bosco de actuar como padres con los jóvenes: «Mantengamos sereno nuestro espíritu, evitemos el desprecio en la mirada, las palabras hirientes; tengamos comprensión en el presente y esperanza en el futuro, como conviene a unos padres de verdad, que se preocupan sinceramente de la corrección y enmienda de sus hijos» (*Epistolario*, Turín 1959, 4, 201-203). Sigamos, pues, su ejemplo y, con el alimento eucarístico, fortalezcamos las raíces sobre las cuales crece el árbol de tantos jóvenes y de la propia Congregación salesiana. Que así sea.



La levedad de los días

“Evita la mentira y las objeciones de la falsa ciencia” (1 Timoteo 6,20).

Solo se inventa la mentira

Volvamos al paseo matinal recomendado por el médico, a pesar del frío mes de febrero. Hoy camino desde el Palacio de Justicia hacia los Juzgados. Voy, un tanto absorto, en busca de un detalle que haga saltar los resortes de mi sensibilidad, en este día más ‘leve’ que de costumbre. La cara es nueva, pero el mismo rigor de siempre. Será por aquello de que nada hay nuevo bajo el sol, que sentaron los clásicos, o que la mañana engendra su indumentaria.

La gente que hace este trayecto por sus modos y vestimentas tiene que ver con el mundo del derecho. Conozco algún abogado con el que me cruzo en el trayecto. Suelen ir solos, “si casarse con nadie”, como debe ser. Visten trajes negros y carteras del mismo color. He tardado en darme cuenta de que el color de la justicia es bastante oscuro, y alguien me ha insinuado que aquí la moda tiene poco que decir.

Ahora soy capaz de, disimuladamente, seguir una conversación y apropiarme una frase del coloquio: “Con esa, a por todas”. Y la expresión suena rotunda en el ambiente nublado y tenebroso de la mañana. Yo pensaba que la justicia carecía de memoria, pero la expresión me ha sorprendido. Sinceramente no me importa quién pueda ser “esa”. Tampoco creo que se trate de un acto machista o antifeminista, pero se intuye que algo hay que ha exacerbado el talante y la voz del joven letrado. Lo que sí me preocupa es lo que ha insinuado con esa expresión: “Con esa, a por todas”.

Sin querer, se está afirmando que la justicia se puede ensañar con alguna persona, que la justicia es más exigente con unas personas que otras. Sabía que era “ciega”, ahora he descubierto que no es sorda. O sea que lo vivido, las actuaciones, los comportamientos, entran en juego tanto o más que la propia verdad. Y se me empieza a desmoronar el castillo de que el objetivo del derecho es defender la verdad y al que la posee, tratando de desenmascarar las verdades a medias que casi siempre son mentiras.

Por otra parte, ¿qué habrá hecho “esa” para que se quiera ir a por todas? ¿Quién es el referente de todas? ¿Son acaso las situaciones que la interfecta ha sabido levantar a su favor en otros momentos? Parece que la justicia tiene que saldar cuentas con “esa”. ¿Y dónde está la verdad?

Como todos los soñadores, confundí el desencanto con la verdad, que decía Sartre, o quizás tenga que llegar a pensar con Orwell que “en una época de engaño universal decir la verdad es un acto revolucionario”. Ahoya ya caigo. Después del “con esa, a por todas”, se puede afirmar apodícticamente, con permiso de todos los juristas que me he encontrado en esta mañana de mi vida que “la verdad existe; solo se inventa la mentira”.

Isidro Lozano

TU MISIÓN: ¡EN MARCHA!



Jugador 1



salesianos

SANTIAGO EL MAYOR

